



Universidad de Chile  
Facultad de Comunicación e Imagen  
Escuela de Periodismo

## **MÁS ALLÁ DEL HORIZONTE**

**Tres viajes que marcaron la historia del club Universidad de Chile**

**MEMORIA PARA OPTAR AL TÍTULO DE PERIODISTA**  
**Categoría: Crónica**

**IAN MAXIMILIANO ELLICKER MOSIC**  
**RODRIGO LUCAS JESÚS ZEPEDA MALDONADO**

**PROFESOR GUIA: PATRICIO JARA ÁLVAREZ**

**SANTIAGO, CHILE**

**2023**

*A la Mora y la Trufa, por acompañarme todos los días*

*A mis hermanos: Matías, Tamara y Vanessa, por estar siempre cuando los necesito*

*A mis padres, Jorge Ellicker y Tamara Masic, porque sin ellos no podría haberlo logrado*

- Ian Ellicker Masic

*A mi madre, Ángela Maldonado, por ser una maestra en todo sentido y por enseñarme el valor del arte en la vida*

*A mi padre, Rodrigo Zepeda, por ser un ejemplo de fortaleza y darme el mejor regalo que existe: hacerme fanático de la U*

*A mi hermano, Paolo Zepeda, por ser mi compañero de vida e inspirarme a ser mejor cada día*

*Por último, a mi abuelo, Catete, por su amor y todas las alegrías que pasamos juntos*

- Rodrigo Zepeda Maldonado

*Muchas gracias a todas las personas que fueron parte de este proyecto, quienes nos brindaron su tiempo y compartieron sus experiencias*

*Finalmente, al profesor Patricio Jara, por haber confiado en nosotros desde el primer día, por apoyarnos y darnos tantas herramientas durante este proceso.*

## ÍNDICE

<b>NOTA DE AUTORES:</b>	<b>Pág. 1</b>
<b>PRÓLOGO:</b>	<b>Pág. 2</b>
<b>CAPÍTULO 1: RENOVANDO VOTOS</b>	<b>Pág. 5</b>
Un descenso inesperado .....	<b>Pág. 5</b>
La ducha más fría de Hoffens.....	<b>Pág. 6</b>
En sintonía desde México.....	<b>Pág. 7</b>
Momento de cambios.....	<b>Pág. 8</b>
La salida de Santiago.....	<b>Pág. 10</b>
¿Dónde queda el estadio?.....	<b>Pág. 10</b>
El tren del “Chuncho”.....	<b>Pág. 11</b>
Una fiesta en el convoy.....	<b>Pág. 11</b>
La invasión azul.....	<b>Pág. 12</b>
Rebelión en La Granja.....	<b>Pág. 13</b>
Ganar para no volver.....	<b>Pág. 14</b>
La práctica hace al maestro.....	<b>Pág. 15</b>
Un fanático detrás del micrófono.....	<b>Pág. 15</b>
La manta voladora.....	<b>Pág. 16</b>
Victoria e invasión.....	<b>Pág. 16</b>
Balazos de alegría.....	<b>Pág. 18</b>
¿Había o no había fiesta?.....	<b>Pág. 19</b>
Donde caben dos caben tres y donde caben 100 ¿caben 200?.....	<b>Pág. 19</b>
La once en el Bavaria.....	<b>Pág. 20</b>
Se cierra una etapa.....	<b>Pág. 20</b>

<b>CAPÍTULO 2: ESPERAMOS 25 AÑOS</b>	<b>Pág. 22</b>
Nace una nueva U.....	<b>Pág. 22</b>
De villano a héroe.....	<b>Pág. 23</b>
Cambios y turbulencias.....	<b>Pág. 24</b>
La lucha contra Goliat.....	<b>Pág. 25</b>
Último esfuerzo.....	<b>Pág. 26</b>
El Sauzal.....	<b>Pág. 26</b>
La tierra prometida.....	<b>Pág. 27</b>
Oleadas azules.....	<b>Pág. 27</b>
¿Dónde está el bus del Choclo?.....	<b>Pág. 28</b>
Humo en la carretera.....	<b>Pág. 29</b>
Ley seca.....	<b>Pág. 30</b>
La camioneta de pescado.....	<b>Pág. 31</b>
Fiesta de recaudación de fondos.....	<b>Pág. 32</b>
Los hermanos “Cogollo”.....	<b>Pág. 32</b>
Camino del Inca.....	<b>Pág. 33</b>
La paella.....	<b>Pág. 33</b>
¿Dónde está el agua?.....	<b>Pág. 34</b>
Turistas extraños.....	<b>Pág. 34</b>
El asalto de Valdés.....	<b>Pág. 35</b>
Contando las horas.....	<b>Pág. 36</b>
El kiosco de transmisión.....	<b>Pág. 36</b>
Extintores de humo rojo y azul.....	<b>Pág. 37</b>
Un rival a la altura.....	<b>Pág. 37</b>
Silencio en El Salvador.....	<b>Pág. 38</b>
La jineta de capitán.....	<b>Pág. 39</b>
Un penal bendito.....	<b>Pág. 40</b>

La mirada del hincha.....	<b>Pág. 41</b>
Un remate que lo cambió todo.....	<b>Pág. 41</b>
Los diez minutos más largos de la historia.....	<b>Pág. 42</b>
Al acecho de la cancha.....	<b>Pág. 43</b>
No hay mal que dure cien años.....	<b>Pág. 43</b>
Un palo para Mora.....	<b>Pág. 44</b>
El duelo del Choclo.....	<b>Pág. 44</b>
Todo recuerdo sirve.....	<b>Pág. 45</b>
La celebración del Superman.....	<b>Pág. 46</b>
Camiseta hecha pedazos.....	<b>Pág. 46</b>
En los camarines.....	<b>Pág. 46</b>
Como hinchas con la copa.....	<b>Pág. 47</b>
El doping.....	<b>Pág. 47</b>
“Salta en el avión”.....	<b>Pág. 48</b>
Relato en el cielo.....	<b>Pág. 48</b>
Regreso eterno.....	<b>Pág. 49</b>
“We are the champions”.....	<b>Pág. 49</b>
Caos en la capital.....	<b>Pág. 50</b>
Directo al trabajo.....	<b>Pág. 50</b>
El fin de una maldición.....	<b>Pág. 51</b>
<b>CAPÍTULO 3: CON TODO EN CONTRA</b>	<b>Pág. 52</b>
Un nuevo proceso.....	<b>Pág. 52</b>
Aventura continental.....	<b>Pág. 53</b>
Las primeras heridas.....	<b>Pág. 54</b>
En búsqueda de la revancha.....	<b>Pág. 55</b>
Operación “Monumental”.....	<b>Pág. 55</b>
Sin garantías.....	<b>Pág. 55</b>

Una sorpresa explosiva.....	Pág. 56
El whiskey del Peco.....	Pág. 57
Bienvenidos a La Boca.....	Pág. 58
Corre por tu vida.....	Pág. 59
Caravana infernal.....	Pág. 59
Solo faltan detalles.....	Pág. 60
Comienzo del fin.....	Pág. 61
El rugido del león.....	Pág. 62
Un rebote desafortunado.....	Pág. 62
El robo.....	Pág. 62
Golpe bajo.....	Pág. 64
Vidrios rotos.....	Pág. 64
Regreso a casa.....	Pág. 65
El ángel de la pampa.....	Pág. 65
Mucho más que un viaje.....	Pág. 66
Expulsados del país.....	Pág. 66
Amargura en el aeropuerto.....	Pág. 67
Consecuencias internacionales.....	Pág. 67
Sospechas de un arreglo.....	Pág. 68
Nunca un paso atrás.....	Pág. 68
<b>EPÍLOGO:</b>	<b>Pág. 70</b>
<b>REFERENCIAS:</b>	<b>Pág. 71</b>

## **NOTA DE LOS AUTORES**

Todas las entrevistas realizadas para esta memoria de título fueron hechas con el consentimiento de todas las fuentes y conociendo el propósito de éstas. Al final, en las referencias se entrega el listado de los entrevistados. Todos los archivos se encuentran en poder de los autores, en caso de que sean requeridos por la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

## PRÓLOGO

Los hinchas de Universidad de Chile son especiales, un fenómeno raro, capaces de defender sus colores ante las condiciones más adversas. El amor de estos barristas los ha llevado a viajar miles de kilómetros en transportes improvisados, a dormir en la intemperie, aventurarse entre caminos y ciudades desconocidas, superar múltiples controles policiales, invadir canchas buscando celebrar con sus ídolos, disparar balazos al cielo, e incluso luchar por su vida.

En este proyecto quisimos conocer en profundidad lo que motiva a las personas a realizar estas demostraciones de fanatismo y pasión, muchas veces fuera de toda lógica. Para ello desarrollamos una crónica centrada en tres de los partidos más importantes en la historia del club, en los que se puso a prueba de distintas formas el amor de su hinchada.

Periodísticamente, nos interesa reconstruir el contexto en que se desarrollaron estos hitos, por medio de 23 entrevistas realizadas a jugadores, relatores, periodistas y fanáticos. En estas nos encontramos con diferentes relatos, anécdotas y puntos de vista, que permiten valorar la incondicionalidad del hincha de la U. Así lo destaca Carlos Cisternas, integrante del plantel de 1989 que jugó en Segunda División: “Sentimos su apoyo en cada partido que jugamos, siempre estuvieron ahí. Incluso en las campañas que no fueron muy buenas”. A través de sus voces nos encontramos con elementos humanos que trascienden a los resultados: los miedos, anhelos, motivaciones y frustraciones.

¿Por qué un equipo que descendió y estuvo 25 años sin ser campeón despierta tanta adherencia? Entendemos que no existe una sola respuesta, ya que el fanatismo no entiende de razones coherentes, por lo tanto, más que cerrar esta interrogante queremos resaltar el vínculo emocional entre los bullangueros y la institución.

*Ser un romántico viajero  
y el sendero continuar,  
ir más allá del horizonte  
do remonta la verdad*

El arquitecto Julio Cordero Vallejos fue el encargado de crear en 1933 la letra y la melodía de Romántico Viajero, himno oficial del club de fútbol profesional Universidad de Chile. Esta obra musical se basó en el amor que tenían los estudiantes hacia la Casa de Estudios, sentimiento que posteriormente trascendió al equipo. En este cántico no se hace ninguna alusión



al fútbol, ni se menciona la búsqueda del éxito, de la misma forma en que los hinchas azules no condicionan su fidelidad a la obtención de campeonatos.

Estos seguidores han tenido que aprender a vivir luces y sombras, alejándose de los grandes reflectores del triunfo y aferrándose a un sentido de pertenencia que aumentó cada vez que el equipo dejó de responder dentro de la cancha. Así se generó una mística forjada a través del sufrimiento que pasaron en medio de una serie de crisis deportivas, dándole sentido a la frase “y el sendero continuar”.

Cristopher Antúnez, periodista, autor de los libros *2011: La historia de un equipo rebelde* y *25 años esperamos: La historia del capitán azul*, editor y comentarista, es otro hincha de aquellos que crecieron siendo parte de una generación que esperó más de dos décadas para gritar campeón. Debido a eso destaca el rol que tuvo la gente, quienes nunca dejaron de apoyar: “La hinchada de la U es importante porque mantuvo su grandeza cuando más lo necesitaba”.

Un factor clave en la masificación de estos principios de lealtad e incondicionalidad fue la barra de Los de Abajo, que se transformó en un espacio social, cuyos miembros solo pedían a los jugadores que hicieran su máximo esfuerzo y que defendieran la camiseta tanto como ellos lo hacían en las calles. Este sentir colectivo ha logrado impactar de manera muy especial a los futbolistas azules, quienes han valorado su rol haciéndolos parte del éxito conseguido. “Creo que son una parte importante de la institución, tienen un sello especial, ayudan a que el equipo se levante en momentos complicados”, reflexiona Víctor Hugo Castañeda, referente del plantel en la década del 90. Todas estas características mencionadas reflejan la forma en que se reconocen y comportan los fanáticos de la U y también muestra la relevancia que han tenido a lo largo de la historia del cuadro universitario.

Nos interesa destacar el viaje de los hinchas. Ese proceso que la mayoría de las veces comienza en un bus o tren, con más ilusión que monedas en el bolsillo, y que se gesta y materializa por la convicción de ser parte. Recorrer cientos o miles de kilómetros, pasar hambre, frío y exponerse a riesgos solo para ver un partido de fútbol, son algunas de las situaciones a las que se ven enfrentados. “El hincha-viajero curtido se adhiere a un acto de autosacrificio”, reflexiona Martín Amis, novelista, ensayista y cronista inglés, en su libro *El Roce del Tiempo*. En una de las crónicas de aquella obra relata lo que vivió junto a la fanaticada del Manchester United en la final de la Champions League de 1999, donde él junto al resto de los simpatizantes ingleses se mantuvieron estoicos pese a que tenían todo en contra y parecían estar destinados a la derrota. Este tipo de respuestas ante la adversidad han marcado la historia de los adherentes de la Universidad de Chile, que cada semana se esfuerzan con tal de ir adonde sea que juegue.

Distintas son las emociones por las que pasan los seguidores azules durante el trayecto, pero nada diezma la convicción que los mueve. Juan Pablo Meneses, periodista y escritor del libro *Una Granada para River Plate*, comenta lo que sintió al ir con Los de Abajo hacia Argentina en 1996: “Viajar con la barra es como estar en el estadio, desde que comienza el recorrido hasta que termina. En este caso fue como haber visto un partido de 70 horas, porque todo giraba en torno a la U”, es decir, no se trata solo de ir de un punto a otro, sino que además el camino brinda experiencias que hacen que cada travesía sea única.

Sobre esta idea del viaje, el periodista y escritor argentino, Martín Caparrós en su libro *Boquita*, hace referencia a que estos brindan la oportunidad de generar un vínculo con el equipo que de otra forma no sería posible. Esta reflexión la confirmamos con los testimonios de los entrevistados presentes en este proyecto, quienes le dan un valor agregado al hecho de trasladarse, entendiéndolo como un deber que tienen con ellos mismos, con el resto de los fanáticos y principalmente con la institución.

Dicho esto, comprendemos que el periplo de los barristas se enmarca en una aventura que va más allá del resultado deportivo. Un sacrificio que los hace reforzar sus convicciones mediante un transitar que los convierte en una parte fundamental del hito mismo.

Los partidos elegidos para esta crónica no solo forman parte de la historia del club, sino que también representan puntos de inflexión que quedaron grabados en la memoria de los hinchas azules. Icónicas jornadas que marcaron sobre todo a quienes estuvieron presentes. Esos bullangueros que la tarde del 14 de enero de 1990 soportaron el calor del Estadio La Granja, aquellos que viajaron al desierto ese 18 de diciembre de 1994, y también los que cruzaron la cordillera de los Andes el 12 de junio de 1996.

Nos preguntamos: ¿Qué significó jugar el ascenso?, ¿qué pensó el Pato Mardones antes de patear el penal contra Cobresal?, ¿cuál fue la sensación del Huevito Valencia cuando Alfredo Rodas no le cobró el penal? Indagamos para rescatar anécdotas de cada uno de esos momentos y además vivencias de esos románticos viajeros que estuvieron presentes, sin importar las dificultades que sortearon en el camino. ¿Qué los motiva a afrontar todo eso?, ¿qué ocurre en un viaje de más de 24 horas camino al desierto?, ¿contra qué se enfrentan al cruzar a otro país?

Las historias recopiladas son una muestra que permite entender, a través de distintas perspectivas, cómo se vive un partido de fútbol, desde antes de que este empiece hasta después de que termina. Además, haremos énfasis en lo invisible, en aquello que muchas veces pasa desapercibido: las emociones, sensaciones y experiencias que marcaron a todos sus protagonistas, los que estaban adentro de la cancha y los que saltaban en el tablón.

## CAPÍTULO 1: RENOVANDO VOTOS

*¡Volveremos, volveremos, volveremos otra vez.*

*Volveremos a ser grandes, grandes como fue el Ballet!*

Así rugían los quince mil fanáticos azules que llegaron al Estadio Nacional el domingo 15 de enero de 1989. Un día que cambió sus vidas para siempre. Aquella tarde se disputaba la última fecha del Campeonato Nacional y la Universidad de Chile, que enfrentaba a Cobresal, llegaba con opciones de descender. Pese a que dependían de sí mismos, una serie de resultados adversos los empujó a Segunda División por primera vez.

En medio del momento más difícil de su historia los hinchas reafirmaron sus convicciones, se enfrentaron a la desilusión que trae consigo perder la categoría, aceptaron la amargura del fracaso, y se hicieron una promesa: acompañar a la U a donde sea que fuera necesario. En ellos no había una pizca de duda o arrepentimiento por la elección de sus colores, debían recuperar el sitio que perdieron. Fue en ese momento cuando sus jugadores más los necesitaban y posiblemente la institución menos lo merecía, que decidieron ser a toda costa unos “Románticos Viajeros”.

El camino en la B fue tenso, lleno de dificultades. En esta etapa el Estadio La Granja, recinto con una cancha barrosa, rodeada por tablonces de madera y ubicado en una zona que no estaba acostumbrada a recibir grandes aforos, cobraría un sentido especial. Allí debutaron un 25 de junio de 1989, cayendo ante los locales 2-1. Los ecos de un presente negativo aún resonaban en un equipo que parecía no tener rumbo. Sin embargo, en menos de un año todo cambió. Volvieron a ese mismo lugar para intentar definir su regreso a Primera. Con un empate lograrían su objetivo. La hinchada, consciente de lo que podía suceder se trasladó en masa a la Región del Maule, desatando la invasión azul.

### **Un descenso inesperado**

Atrás quedaron aquellas gloriosas campañas del Ballet, una generación que durante la década del 60 se acostumbró a la grandeza y a los títulos. Tras varios años lejos de la pelea por el campeonato, en el torneo de 1988, la U tocó fondo. Esa temporada, marcada por el viaje a Europa del director técnico Manuel Pellegrini, culminó de la peor forma. El irregular desempeño los llevó a jugarse la permanencia en la última fecha.

15 de enero de 1989. Una atmósfera de optimismo rodeaba al plantel ante un panorama que parecía positivo. La fecha anterior habían vencido a Colo Colo 3-0 y un nuevo triunfo los eximía de cualquier amenaza. Además sus rivales directos enfrentaban partidos complejos. Unión Española debía ganar como visitante ante Universidad Católica y O'Higgins tenía que hacer lo mismo contra Huachipato. Sin embargo, todo salió mal y cuando se dieron cuenta ya era muy tarde. “Nunca comentamos que estábamos en peligro, ni por diferencias de goles ni nada, fue algo sorpresivo”, recuerda Héctor Hoffens.

La U salta al terreno del coliseo de Ñuñoa y todos sus fanáticos alientan sin parar. Con ambas escuadras en la cancha el árbitro hizo sonar su silbato y empezó el juego. El primer golpe llegó a los 11 minutos, penal en favor de Cobresal que Sergio Salgado transformó en gol. Con el marcador 0-1 se fueron al descanso. En la segunda mitad todo fue de mal en peor, al minuto 46 la visita logró el 0-2 parcial, el panorama era cada vez más oscuro y el desastre se asomaba a la vuelta de la esquina. Al minuto 52, Manuel Pellegrini buscó darle un giro al partido y mandó al banco a Hoffens.

### **La ducha más fría de Héctor Hoffens**

"Oye Manuel quiero seguir jugando", le dijo el delantero a su entrenador. No obstante, la decisión estaba tomada y su partido había terminado. Con rabia por el resultado y con la impotencia de no poder ayudar en la cancha, el rápido puntero se dirigió directo a los camarines. En ese lugar se quedó junto a Moisés Vennekool, su amigo de infancia y utilero del club.

El complemento continuó y los azules descontaron gracias al tanto de Álvaro Vergara al minuto 56. Corría el reloj y no encontraban más respuestas futbolísticas. Los demás equipos de la zona baja ganaban, resultados que los empujaba a Segunda División.

“¡Muchachos estamos descendiendo!” gritaba a todo pulmón Héctor Giorgetti, arquero universitario, quien le pedía a sus compañeros que despertaran y salieran a buscar el gol que diera vuelta el marcador ante Cobresal. “Nunca nos dimos cuenta de lo que pasaba hasta que Giorgetti nos dijo que estábamos descendiendo. Fuimos en busca del gol pero no se pudo”, rememora Carlos Cisternas. Los minutos avanzaron y pese a que llegó el empate tras un gol de Jorge Pérez a los 88', fue demasiado tarde. El partido terminó 2-2 y tras las victorias de Unión Española y O'Higgins se confirmó lo que nadie quería escuchar, la U estaba oficialmente descendida.

En las duchas se encontraba Hoffens, intentando dejar atrás el mal rato que lo aquejaba. Fue entonces que, de manera abrupta, se enteró de la noticia. “Yo me quedé en la tina pasando las penas y cuando llegaron mis compañeros pateando la puerta, me enteré que habíamos descendido por diferencia de gol”, recuerda.

Efectivamente, los resultados de aquella jornada 30 del Campeonato Nacional condenaron a los universitarios por detalles. Las últimas cuatro posiciones del torneo fueron Palestino colista con 24 puntos, Universidad de Chile penúltima con 26 unidades y una diferencia de -8 goles, mientras que les siguieron Unión Española y O'Higgins con el mismo puntaje, pero una diferencia de -7.

Más allá del sufrimiento que rodeaba a todos los miembros de la institución y su hinchada, aquella tarde en Ñuñoa el amor hacia los colores se impuso a la tristeza y una consigna se grabó en ellos. Ahora más que nunca había que defender esta camiseta.

### **En sintonía desde México**

A miles de kilómetros de Santiago, Mariano Puyol, histórico mediocampista azul peleaba con su radio para seguir de cerca el partido por el descenso. En ese entonces jugaba en el Tampico Madero de la Liga Mexicana y desde allí intentaba seguir las noticias relacionadas al club.

El día de la gran definición fue a buscar su radio de onda corta y tras algunos intentos consiguió sintonizar una señal nacional, poniéndose al corriente del duelo. A lo largo de la transmisión solo pudo captar algunas partes del choque y lo último que supo fue que empataban a dos. Con este resultado en mente se fue a dormir pensando que el equipo se había salvado. Al otro día sonó el teléfono de Puyol, era Martín Gálvez, jugador chileno que formaba parte del Cruz Azul.

“Hola, Mariano. ¿Cómo estás, supiste la noticia?”.

“Hola Tincho, todo bien. ¿Qué pasó?”.

“La U descendió”.

Sin asumir aún lo que acababa de escuchar, le dijo a su amigo que estaba equivocado y le colgó. Muy a su pesar, unos minutos después ratificó que todo era cierto. “La verdad no lo podía creer. Confirmar la noticia fue penoso, muy triste. No lo podía entender, porque ese plantel no era para descender”, declara el ex volante.

## **Momento de cambios**

Una vez superado el trago amargo de la caída, Universidad de Chile tuvo que recobrar fuerzas para intentar realzar su proyecto deportivo, lo que motivó diferentes cambios. Por una parte, Manuel Pellegrini dejaba de ser el técnico y le daba paso a Luis Ibarra, quien tendría a Leonel Sánchez de ayudante. Además, llegaron importantes refuerzos: Eduardo Fournier en portería y Severino Vasconcelos en el mediocampo.

En paralelo, nombres que se quedaron cobraron relevancia. Ese fue el caso del Príncipe, Roberto Reynero. El lateral izquierdo desestimó la opción de partir a Cobreloa, actual campeón nacional. “Le dije a la dirigencia que como había bajado con la U, quería subir con la U”, rememora. Reynero no solo se quedó, sino que se transformó en el nuevo capitán de la plantilla con 23 años.

Así, tras una serie de ajustes, un 25 de junio de 1989 el equipo debutaba en la Segunda División del Fútbol Chileno. Fue entonces que un golpe de realidad sacudió a los universitarios. Atrás quedaron sus días viajando cómodamente en avión, disputando sus partidos en canchas de gran nivel, con el pasto bien cortado y chocando con rivales a los que ya sabían enfrentar. Ahora la realidad era diferente y aceptar el cambio fue un proceso lento, que amenazó el equilibrio institucional.

Su primer escollo fue Curicó Unido, que los recibió en La Granja. Hasta la ciudad se trasladaron con la impronta de un club que por historia debía ganar e intimidar a sus rivales. Mientras se acercaban al recinto comenzaron a palpar que el contexto en el que tendrían que jugar no se parecía a nada que hubieran vivido antes. “Llegamos en un bus maravilloso, con parkas, buzo completo y todo lo que ofrece una institución grande, mientras que los contrarios llegaban en bicicleta, incluso algunos lo hacían caminando. Ahí nos aterrizaron”, menciona Carlos Cisternas.

El desarrollo del juego fue complejo, no se podían adaptar al terreno barroso y tras 90 minutos donde nunca pudieron hacerles frente a sus oponentes, cayeron 2-1. El primer acto en La Granja fue una derrota, la que removió las fibras de un grupo humano disminuido que se tambaleaba ante un escenario lleno de incertidumbre. A este compromiso le siguieron tres choques donde seguían sin dar con la tecla necesaria para competir en el torneo por el ascenso, en este periodo consiguió dos empates 1-1 contra Puerto Montt y Provincial Osorno y una derrota 3-0 ante Colchagua. El difícil inicio era el reflejo de un plantel confundido que arrancó la campaña desde el fondo de la tabla. “Nosotros pensábamos que con solo entrar a la cancha

íbamos a ganar, pero no fue así, todos los partidos eran a muerte y nos costó un mundo”, reconoce Héctor Hoffens.

A partir de ese momento algo cambió en el equipo. Debían encontrarse y hacerlo rápido. Fue entonces cuando apareció la figura de Severino Vasconcelos, mediocampista ofensivo brasileño e ídolo de Colo Colo, quien fichó por Universidad de Chile y se había perdido los primeros encuentros del campeonato debido a una lesión. Luis Ibarra no quiso esperar más y lo convocó para que debutara. El Negro, como era apodado, no solo trajo calidad y orden al juego universitario, también unió a un plantel convulso. Con asados, charlas y un gran liderazgo, renovó las energías de todo el conjunto. Desde su regreso el campeonato dio un giro y la campaña mejoró radicalmente. Comenzaron a ganar, volvieron a sentirse importantes y de a poco llegaron a liderar la clasificación de la Zona Sur.

En todo este transitar por la B el único factor que se mantuvo de principio a fin fue el apoyo arrasador de sus fanáticos, quienes llenaron cada estadio. En este sentir colectivo que invadía cada campo de juego se estableció con fuerza la barra de Los de Abajo. “Lo que fue fundamental sin dudas era la gente, quienes nunca la abandonaron. Yo recorrí todo el país y en cada cancha era una locura, siempre estaba lleno”, reflexiona José “Pepe” Ormazábal relator del programa La Sintonía Azul, quien narró todos los duelos de esa campaña

Después de meses subiendo puestos en la tabla llegó un duelo crucial frente a Magallanes. El partido se disputó un sábado 6 enero de 1990, era la antepenúltima fecha de la segunda fase de la Zona Sur y que, en caso de ganar, el cuadro laico se alejaba a cuatro puntos de su escolta y ponía un pie en la élite del fútbol chileno. El choque se dio en un Nacional que explotó de felicidad tras la victoria por 2-0 de los dirigidos por Luis Ibarra, gracias a los goles de Marcelo Silva y Severino Vasconcelos.

“Enseña y moldea jugar en esta división, con rivales fuertes y donde todos querían ganarnos; en canchas mediocres, climas hostiles y con todo en contra. No es para repetirlo, pero valió la pena”, resaltó Marcelo Silva. Dicha declaración apareció en el diario *La Tercera* el domingo 7 de enero de 1989.

El triunfo dejó a la U con 27 puntos sobre los 23 de Magallanes y un empate en la próxima jornada los ascendería oficialmente. Su siguiente rival era Curicó Unido. Tenían la opción de poner fin a su paso por B en el mismo lugar donde todo había comenzado. Para el segundo acto solo faltaba una semana.

## **La salida de Santiago**

Universidad de Chile emprendió su travesía rumbo al encuentro decisivo el sábado 13 de enero a las once de la mañana. Saldría desde el Sauzal, su complejo de entrenamiento en Peñalolén y tomaría dirección a Talca. Sin embargo, antes de comenzar el viaje, la cancha se llenó de hinchas ondeando banderas para despedir a sus jugadores. Cada jugador se subió al bus y se abrieron paso entre las calles llenas de gente. El plantel iba emocionado, pero sobre todo concentrado en devolver a la U a Primera División.

A esa misma hora, en otro punto de Santiago, un batallón de seguidores azules también emprendía su viaje. Se organizaron caravanas de autos, hileras de buses e incluso se contrató un tren especial para la ocasión. La ansiedad y nervios dominaban a los seguidores del Bulla, quienes tras casi un año sufriendo burlas, estaban a 90 minutos de ponerle fin a eso. El apoyo masivo impactó en un grupo que se mentalizó en recompensar el esfuerzo de sus fanáticos con una victoria. “Teníamos que subir sí o sí, sobre todo por los hinchas que nos venían alentando en la carretera. Era increíble, yo jamás había visto algo así”, recuerda Roberto Reynero, acerca de lo que sintió en el camino.

El domingo, entre las tres y las cinco de la madrugada, aparecieron los primeros visitantes en las tierras curicanas. Los buses se estacionaron en la Plaza de Armas, otros en la avenida Manso de Velasco y en la entrada del Cerro Condell. Empezaba la invasión.

### **¿Dónde queda el estadio?**

Uno de los tantos seguidores que asistió a ese partido fue Rodrigo La Rivera, más conocido como Choclo, quien con 17 años ya pertenecía a Los de Abajo. “Me quedé dormido, fui al terminal de buses, agarré una micro, pagué mi pasaje y partí”. Viajó solo y de manera preventiva ante algún encuentro con barras contrarias, no llevaba ropa que lo identificara con el equipo más allá de un gorro.

Tras un recorrido sin mayores novedades llegó a su destino alrededor de las 9.30 de la mañana. Su misión parecía exitosa, aunque todavía tenía un problema por resolver. Nunca había estado en la ciudad y no sabía dónde estaba parado. En medio de la confusión pensó en seguir a la masa, pero todos caminaban a lugares diferentes. Tras esperar alguna señal tomó una micro llena de bullangueros que se supone lo llevaría al estadio. Mientras el vehículo avanzaba escuchó a todos decir: “Vamos a La Granja” y de inmediato unos nervios lo invadieron mientras pensaba: “¿A qué granja quieren ir? Lo que el Choclo no sabía era que así se llamaba el recinto.



## **El tren del “Chuncho”**

El Imperio Azul, la barra oficial, contrató el tren. Este tenía ocho vagones y salió de la Estación Central el domingo a eso de las diez de la mañana. El pasaje costó dos mil pesos, ida y vuelta.

“Queremos recuperar la tradición de viajar en tren”, declaró Eduardo “Chuncho” Martínez, jefe de la barra, al diario *La Tercera*, en su sección deportiva. La nota apareció en la edición del sábado 13 de enero de 1990 y en ella se mencionaba que los boletos se venderían en Campo de Deportes 565, sede del club.

Entre quienes tomaron el tren se encontraba Gabriel Villa, entonces estudiante de 17 años que se las arregló para asistir a todos los partidos de esa campaña. “Viajar a la gran definición fue el punto cúlmine de todo lo que se había vivido, del sufrimiento, la amargura, y frustraciones que pasamos”.

Villa se reunió con varios amigos y se encaminaron al tren, todos miembros de Los de Abajo pertenecientes a un *piño* del barrio donde vivía en Independencia. Durante el trayecto una imagen se grabó en su memoria. Por la ventana vio una bandera cubrir el tren, arrojando a todos en su interior. “En una curva, mientras cruzábamos un puente recuerdo ver una bandera gigante, la llevaban flameando y era tan inmensa que tapaba todo un vagón”. Así, entre banderas que cubrían el cielo, cantos de aliento y sonoras trompetas, los visitantes empezaron a llegar y de a poco desataron la algarabía en la ciudad.

## **Una fiesta en el convoy**

Aquel 14 de enero de 1990, Patricio Ortiz salió de su casa ubicada en Las Rejas y se dirigió a la Estación Central. “Al llegar vi que estaba totalmente lleno, eran al menos diez o quince micros repletas de gente esperando para partir”, explica.

Tras pasar unos minutos buscando transporte, consiguió lugar en uno de los buses y se unió a un convoy que parecía no tener fin. “Arriba era una fiesta, cantábamos y conversábamos entre todos, se presentía en el ambiente que el día iba a ser favorable, íbamos con esa convicción”. Los hinchas no dudaban, confiaban ciegamente en su equipo y no por una fe milagrosa o una soberbia ante su competencia, todo lo contrario. Su seguridad se basaba en la credibilidad que les daba un plantel que había aprendido por las malas a respetar a sus rivales en el ascenso. Cerca de cuatro horas se demoraría en llegar a la ciudad ubicada en la región del Maule. Allí se daría cuenta de la gran presencia de bullangueros en la zona.

## La invasión azul

Desde distintas partes del país la hinchada azul se hacía presente en Curicó, quienes con canciones y gritos de apoyo férreo se sumaron al resto de fanáticos que ya estaban instalados allí. Todos se dirigían rumbo a La Granja.

El cuadro universitario, que concentraba en el Hotel Plaza, aún no emprendía su camino hasta el estadio, pero eran conscientes de la fiesta de bienvenida que los esperaba en unas horas más. “En Talca nos avisaron que venían miles de hinchas desde Santiago. Curicó estaba repleto y se reunían en la Plaza de Armas. Hicieron un carnaval antes del partido”, rememora Reynero.

Al llegar a destino, cerca de las 12.30 horas, el grupo que venía en el convoy salió por el estrecho pasillo del terminal que daba hacia la calle y se encontró con Hernán Camacho, reconocido seguidor universitario y panelista del programa Show de Goles. Luego todos se fueron caminando rumbo al complejo que albergaría el compromiso. El trayecto fue de 35 a 40 minutos y no dejó indiferente a ningún lugareño. “La gente nos miraba con asombro, algunas personas gritaban muestras de apoyo. Nos sentíamos orgullosos de estar ahí”, expone Ortiz.

Sin embargo, la imagen de esta ola de personas extrañas también asustaba a parte de la población. “Nosotros aparecimos y fue como la llegada de una civilización a un pueblo, porque ellos eran super apacibles, e imagínate, un domingo todo se llenó de chascones con sus cervezas ya en el cuerpo, y algunos también con *doña María*”, menciona Gabriel Villa al recordar su recorrido junto a la barra.

En las calles un sol arrollador no perdonaba a ningún alma. Eran cerca de las 14.00 horas y en la ciudad predominaba el azul. Vendedores ambulantes tenían improvisados puestos donde ofrecían objetos de la U. Algunos comerciantes regalaban diferentes productos, haciendo que los colores del equipo estuvieran más presentes que nunca.

Cada vez faltaba menos para el inicio del compromiso y los jugadores emprendieron su camino al partido más importante del año. En un bus que apenas podía avanzar se abrían paso en la ciudad. Las calles estaban repletas de bullangueros, quienes cantaban y alentaban. “Era tanta la gente que nos acompañaba, que nuestro bus iba prácticamente a dos o tres kilómetros por hora. Muchas banderas y muestras de apoyo, fue realmente emocionante ver eso”, rememora Cisternas.

Sobre este fenómeno, Héctor Hoffens es tajante y hace hincapié en que el apoyo que vio ese día no tenía precedentes: “Nunca había vivido la caravana de gente, los autos, las micros, todo era una locura”.

Tras un recorrido que tardó el triple de lo que se debería haber demorado, el bus finalmente llegó a su destino. Uno a uno se bajaron y se dirigieron al camarín mientras un grupo de seguidores se acercaban para abrazarlos y desearles suerte.

Llegaba la hora de la revancha ante Curicó Unido. El cuadro que les dio la bienvenida a Segunda División venciéndolos 2-1 y les mostró que en esta liga no importaba la trayectoria o las comodidades, que no se ganaba solo con la camiseta.

## **Rebelión en La Granja**

A las 13.00 horas se abrieron las puertas del estadio, el que se vio completamente superado ante la masiva llegada de la hinchada visitante. “El lugar se llenó, no cabía ni un alma”, así describe Roberto Reynero la increíble asistencia de fanáticos que colmaron las gradas ese día. El público contabilizado según la venta de entradas fue aproximadamente de nueve mil espectadores, superando con creces su capacidad de siete mil.

El lugar evidentemente era reducido y no daba abasto. Además, solo había ubicaciones en los sectores de andes y pacífico. Estos se llenaron hasta más no poder, donde cabía una persona ahora se veía por lo menos a cinco. La solución que se implementó para ubicar al resto, fue habilitar un espacio de cemento detrás de los arcos que se ocupaba como velódromo. Allí se improvisó una especie de galería donde todos se pusieron de pie.

El sol era implacable y el cemento con el cual estaba hecho este espacio no perdonaba a los miles de asistentes que, además del nerviosismo, tenían que combatir con la deshidratación. Ante un peligroso calor que no cesaba por ningún lado, un hincha consiguió una manguera de bomberos y se dedicó a mojar a las personas en las gradas, con el objetivo de mantenerlos despiertos y con energía.

Aquellos que no pudieron entrar, se negaban a quedarse fuera de un partido tan importante. Debido a esto se instalaron en el Cerro Condell, aledaño al recinto, y como si de una galería más se tratara, lo tiñeron de un azul intenso. “Es muy habitual que la gente se vaya a ubicar allá. La efervescencia era total”, señala Cristian Arcos, periodista deportivo e hincha curicano.

Cada vez faltaba menos para el inicio del duelo, no obstante, el partido ya había comenzado en los camarines, donde aparecieron adversidades que nadie contemplaba.

Al llegar al estadio, el plantel se dirigió al vestuario. Fue entonces cuando un aroma particular puso en alerta al atacante Héctor Hoffens. De inmediato identificó el olor que tanto le molestaba. “Llenaron el camarín con parafina, querían que nos intoxicáramos y nos

quedáramos dormidos. Era una de esas artimañas que se usaban en el ascenso”, comenta. Su experiencia recorriendo el país en canchas hostiles le ayudó a mantener la calma. Luego de eso, entre arengas y charlas motivadoras se volvió a concentrar. El partido más importante de la temporada estaba a punto de iniciar.

### **Ganar para no volver**

En medio de un ruido ensordecedor y una atmósfera increíble, los equipos saltaron al campo de juego. El ambiente era una caldera a punto de explotar.

El cuadro local formó con: Juan Martínez, René Piérola, Juan Gutiérrez, Pablo Helmo, Julio Saavedra, Arturo Alvarado, Cristián Rojas, Héctor Miranda, Walter Segovia, Héctor Silva y Manuel Rocha. Por su parte, los once azules que salieron con la misión de volver a primera fueron:

Eduardo Fournier

Ricardo Vásquez - Horacio Rivas - Carlos Cisternas - Roberto Reynero

Orlando Mondaca - Luis Valenzuela - Luis Musrri

Cristián Olguín - Marcos Fajre - Héctor Hoffens

Una vez en la cancha, concientizados en que no podían fallar, se mentalizaron en asegurar el ascenso. En la cabeza de Carlos Cisternas se cruzaban muchas sensaciones, el cariño de la gente lo tenía conmovido y solo esperaba poder retribuirles en el campo. “Pese a que siempre salíamos concentrados, era imposible abstraerse de la emoción. Miraba a las gradas y fácil el 90 por ciento eran hinchas nuestros, había un cerro donde también se alcanzaba a ver gente apoyándonos”, recuerda. Lo que aún no sabía es que se transformaría en uno de los protagonistas y grabaría su nombre para siempre en la historia de la U.

Estaba todo listo, Pedro Roa, árbitro del partido, dio inicio a la cuenta regresiva de 90 minutos que separaba al cuadro laico del ansiado ascenso.

Desde el principio se pudo ver a la U proponiendo el juego, buscando el arco rival y controlando el trámite del partido. Los embates ofensivos hicieron que rápidamente se abriera la cuenta con un autogol de Helmo tras un remate de Marco Fajre a los nueve minutos. La alegría se desató y de a poco se comenzaban a vislumbrar la Primera División en el horizonte.

## **La práctica hace al maestro**

La semana previa al encuentro practicaron tiros de esquina. Hoffens debía tirarlos al segundo palo donde Cisternas iba a estar ubicado. Ambos sufrieron el dolor del descenso y querían tener su revancha. Muchos futbolistas se esfuerzan y trabajan a diario, sin embargo, no todos tienen la posibilidad de dejar su huella en la historia. Para ellos esa oportunidad llegó el 14 de enero de 1990.

El reloj marcaba el minuto 24 cuando llegó un córner desde el lado izquierdo. El delantero y el defensa se miraron pero no dijeron nada, sabían lo que tenían que hacer. Centro del Chico Hoffens al segundo palo y tras un impecable cabezazo Cisternas marcaba el 0-2. “Como lo practicamos tanto, el día del partido funcionó a la perfección. Ver que esa pelota entró fue una experiencia maravillosa”, rememora Cisternas. El encuentro continuaba sin mayores luces, a los 28’ fue expulsado Piérola en el conjunto local, después de cometer una falta sobre Valenzuela. Todo parecía remar en favor de la U.

## **Un fanático detrás del micrófono**

José “Pepe” Ormazábal, relator deportivo, fue parte del programa la Sintonía Azul, transmitido en Radio Santiago, donde trabajó entre 1989 y 1994. Allí se encargó de cubrir todas las campañas de Universidad de Chile, recorriendo el país y transformándose en la voz de aquella época. Cuenta que forjó un vínculo muy especial con la institución durante su paso en Segunda División: “Yo siempre me sentí como un hincha más, que le contaba lo que pasaba a los que no podían estar presentes”.

En la memoria colectiva aún está presente su icónica frase: “¡Azul, azul, azul, azul, azul!”. “Cuando comencé a narrar los partidos de la U quise hacer un grito que vinculara ese momento alegre del gol, con el color de las banderas de la hinchada y su pasión”

Ese año en la B no solo fue difícil para el plantel y sus fanáticos. Ormazabal junto a sus compañeros de trabajo tuvieron que realizar enormes esfuerzos y odiseas. “Una fecha contra Iberia tuvimos que hacer dedo e irnos en un camión hacia el estadio”, declara el relator. Además, para hacer las transmisiones tenían que ocupar muchos metros de cable y se conseguían teléfonos fijos a cuerdas del recinto. Todos los sacrificios que hizo Pepe valieron la pena. En Curicó vivió una tarde especial.

## **La manta voladora**

Pepe estaba ubicado en una pequeña caseta sobre los camarines, por la mitad del terreno de juego. Desde ahí se podían ver las reacciones de la gente y también de la directiva de la U. En ese momento el relator vio una manta elevarse en el aire. Podría ser cualquier cosa y no le dio relevancia, pero con el paso de los minutos la manta volvía a aparecer. Curioso ante la situación se asomó para ver qué ocurría y se sorprendió al percatarse que se trataba de Mario Mosquera, presidente del club. “Don Mario andaba con una manta y en el festejo de cada gol él la sacaba y la tiraba al cielo, eso era poco visto porque era alguien muy serio”, comenta.

En aquel instante no importaban las formalidades, ni si eras un relator, un presidente, un vendedor o un jugador de fútbol. Las emociones se sentían a flor de piel e invadían a todos.

## **Victoria e invasión**

*¡Volveremos, volveremos, volveremos otra vez.  
Volveremos a ser grandes, grandes como fue el Ballet!*

Entonaba la barra bullanguera que con el 2-0 a favor veía cada vez más cerca el objetivo cumplido. La guinda del pastel llegó a los 87' cuando Pedro Pablo Díaz anotó el definitivo 3-0. Con ese gol el estadio estalló de alegría, tanto así que varios hinchas invadieron la cancha, anticipando lo que vendría al término del partido.

Los minutos de descuento parecían eternos, Pedro Roa miró su reloj e hizo sonar el silbato que desató el júbilo de todo el pueblo azul, que después de 364 días podía gritar: “¡Somos de primera!”. Todo parecía normal... hasta que se desató la locura.

Los hinchas volvieron a invadir la cancha, pero esta vez nadie los iba a sacar. Levantaban a jugadores, técnicos y auxiliares, mientras los acompañaban en una especie de vuelta olímpica. Así describía los primeros minutos del festejo el diario *La Prensa* de Curicó, en su edición del día lunes 15 de enero de 1990.

En la cancha los fanáticos celebraban con quienes devolvieron el equipo al sitio que, según ellos, nunca debieron dejar. Manos al cielo, llantos y puños apretados. “Fue un momento de mucha alegría, de abrazarse con cualquier persona y con nuestros ídolos. Incluso llegamos a llorar con ellos”, recuerda Manuel Acuña, hincha presente en aquella jornada.

Algunos, como Patricio Ortiz, tenían muy claro que la fiesta debía terminar en el terreno de juego: “Mi idea siempre fue meterme a la cancha, así que apenas terminó el partido, la

invadimos y la llenamos. Compartías con personas que no conocías, al final lo único que importaba era que todos éramos de la U. Con unos muchachos levantamos en andas a Ricardo Vázquez, el Pituco, y dimos la vuelta olímpica. Fue hermoso”.

Entre ellos se veía al presidente Mario Mosquera, quien recibía el cariño de los fanáticos y se confundía con la gente que repletó el terreno de La Granja. Otro de los más ovacionados fue Leonel Sánchez. El histórico “11” del Ballet levantaba los brazos y festejaba en andas con los hinchas que le agradecieron haber estado en ese difícil proceso. “Hay un respeto muy grande por Leonel Sánchez y Lucho Ibarra, porque tomaron un *fierro caliente* y sacaron esto adelante”, comenta el Choclo.

Si bien Curicó Unido ya no se jugaba nada, más allá del honor de evitar que el equipo rival diera la vuelta olímpica en su casa, aquella jornada, algunos curicanos igualmente se hicieron presentes para apoyar. El periodista, Cristián Arcos no olvida el impacto que le causó haber visto una celebración de esa magnitud: “No estaba acostumbrado a ver invasiones de cancha, fue novedoso. Gente sacando la malla de los arcos y otros llevándose pedazos de pasto e incluso la indumentaria de los jugadores como recuerdo de haber terminado esa etapa”.

Era un día histórico y todos los presentes lo sabían. Los miembros del cuadro universitario se dejaban llevar por el entusiasmo de su hinchada y les devolvían su cariño dentro del campo. “Hay varios compañeros que quedaron solamente en calzoncillo, sin camiseta, les sacaron todo. A mí, hasta me pidieron una media y una canillera, y cómo no agradecerles el esfuerzo que hicieron ellos de ir a alentarnos. Era lo que teníamos que hacer por el apoyo que nos dieron en toda la Segunda División”, declara Roberto Reynero.

Otro de los que tampoco se salvó de entregar su indumentaria fue Héctor Hoffens: “Me acuerdo de la vuelta olímpica que dimos, llena de gente. Me levantaron en andas y quedé en puros calzoncillos, era una locura”. Carlos Cisternas también recuerda esa situación: “La gente se metió, nos pedían las camisetas, calcetas, los zapatos. Algunos nos quedamos solamente en short”.

Los minutos pasaban y parecía que nadie quería irse del estadio. La fiesta adentro no terminaba para aquellos que hacían suyo ese momento. “Entré a la cancha y di las gracias. Se había terminado la batalla y ganamos la guerra. Después de todo lo que tuvimos que remar y las burlas que aguantamos por estar en la B, volver a primera fue una de las mejores sensaciones que he tenido”, rememora Gabriel Villa.

Terminada la vuelta olímpica pasaron varios minutos hasta que el plantel logró abandonar la cancha y la celebración se extendió a los camarines. Diminutos cuartos en los que

apenas cabía la prensa, dirigentes, cuerpo técnico, staff y los jugadores. “Nos metimos a la ducha y a Mario Mosquera lo mojaron entero, a Lucho Ibarra también”, comenta Hoffens.

### **Balazos de alegría**

Germán o el Huaso, como le dicen sus amigos, es de aquellos capaz de llegar al más recóndito lugar siguiendo al Bulla. Nació en Talca, factor que nunca fue impedimento para asistir a los partidos. Juntaba la plata durante la semana y viajaba a donde fuera necesario. Sin embargo, aquella campaña de los azules en la B tuvo que hacer el servicio militar, motivo que lo alejó de las canchas. A pesar de que esta obligación le impedía disponer libremente de su tiempo, se organizó para acompañar a la U en la fecha ante Curicó. Tenía todo listo para viajar, pero una medida de última hora modificó su plan. Todos los reclutas se acuartelarían ese fin de semana.

“Avíseme cuando termine el partido”, le dijo al cabo mientras se dirigía a su punto de guardia. Germán esperaba impaciente la aparición del superior diciéndole las mágicas palabras: “La U volvió a primera”. Uniformado, armado y nervioso, se movía de un lado a otro buscando, sin éxito, alguna señal sobre el desenlace del partido. No escuchaba bocinazos ni gritos de desahogo en las calles. El Huaso contaba los minutos, necesitaba saber qué había pasado.

Tras no poder esperar más, dejó su punto de guardia y caminó varias cuadras buscando algún local para conocer el resultado. “Entré a un bar y ahí me contaron que habíamos ascendido”. Fuera de sí, con una desbordada felicidad, corrió al punto que nunca debió haber dejado. Allí lo esperaba su cabo. “Me va a perdonar, pero tengo que hacer esto”, se excusó. En ese momento Germán sacó su arma de servicio, apuntó al cielo y disparó tres veces.

Tres balazos de alegría, al infinito. Un ruido que se acoplaba al canto que entonaban miles de hinchas en todo Chile por haber conseguido el anhelado regreso a Primera División. No podía detenerse a pensar si lo que hacía era correcto o no, ni mucho menos las consecuencias que traería.

Así fue como Germán arriesgó quedarse un año más debido a la imprudencia que cometió. Por suerte para él, el castigo nunca se llevó a cabo y pudo terminar su servicio en marzo.



## **¿Había o no había fiesta?**

Era muy común, cuenta Pepe Ormazábal, que la gente que iba al estadio le llevara algún presente. Los hinchas lo ubicaban a él y al resto del equipo de la radio, y ese día no sería la excepción. “Un hincha quería que después del partido, aceptara participar de un evento junto a él y su familia”. Como era evidente, Pepe no andaba solo, sino que con sus compañeros de trabajo. Eso no pareció importarle al anfitrión, quien le dijo que todos estaban invitados. Ya tenían un lugar reservado para celebrar en Santiago, por esta razón Pepe habló con Waldo Mora, el director del programa, y le dijo que cancelara la reserva porque los habían invitado a una fiesta.

“Pero hemos estado todo el día acá, imagínate si no resulta”, le dijo Mora.

“No, si me dio su palabra, está todo acordado. Terminando el partido nos vamos para allá”, respondió Ormazábal.

Finalmente, la reserva fue cancelada y solo quedaba que el árbitro diera el pitazo final, terminar de hacer la transmisión, cerrar e ir a la fiesta prometida. El único problema fue que nunca consideraron la cantidad de personas que iban a ir. “El señor invitó a mucha gente y cuando llegamos no quedaba nada, así que el más enojado era Waldo”, comenta el relator.

De esa forma los miembros de la Sintonía Azul se quedaron sin la reserva y sin la fiesta de celebración, aunque todo eso pasó a segundo plano. La U había ganado, lo demás no importaba.

## **Donde caben dos caben tres y donde caben 100 ¿cabén 200?**

Por fin éramos de primera otra vez, nada podía salir mal. Ese era el pensamiento que recorría la mente de Gabriel Villa, quien aún tenía que sortear un último problema antes de regresar a su hogar. Junto a su *piño*, caminaron a la estación para continuar la celebración en el tren del Imperio Azul. Al llegar se enteraron que el Chunchu Martínez le había sacado cuatro vagones al transporte y ahora no tenían manera de volver a Santiago.

En ese momento, lejos de concentrarse en el inconveniente, esperó una solución. Tras un día lleno de alegría no quería discutir. Pasó el tiempo y la impaciencia comenzó a presentarse, algunos de sus amigos decidieron caminar y buscar otro vehículo para su regreso. Villa en cambio no quería pensar en un plan B y siguió esperando. Unos minutos después le avisan que se habían habilitado dos vagones y que podían viajar si se acomodan entre todos.

“Imagínate lo que es meter a cuatro vagones en dos, además con lienzos, bombos, algunos compañeros ya medios puestos. Fue un completo desorden”. Como pudieron se subieron al tren y se repartieron en los asientos, los pasillos, e incluso las parrillas de las maletas, donde más de alguno decidió dormir todo el trayecto. Si bien iban muy apretados e incómodos, ese malestar no aminoró la alegría de ascender y todo quedó en una anécdota.

### **La once en el Bavaria**

Rumbo a Santiago continuaron los festejos. El camino se perdía entre las banderas y la carretera estaba colmada de viajeros que no cesaban en su cantar acompañando al bus. Brazos estirados, palmas abiertas, todos querían ser parte de ese momento. “Sacábamos los brazos para felicitar a los hinchas por el gesto de haber ido y llenado La Granja”, rememora Roberto Reynero.

La dirigencia había reservado en Santiago el restaurante Bavaria, pero al igual que durante todo el trayecto, el caos hacía casi imposible cualquier movimiento. “La vuelta era un carnaval. Pasamos a tomar once y quedó la escoba en el lugar. Ahí celebramos con toda la gente en la calle”, recuerda Hoffens.

### **Se cierra una etapa**

“En Segunda División vi que la U en lugar de rendirse renació. Ese año la hinchada fue fundamental. Su presencia fue clave en el retorno rápido a primera”. Así destaca Pepe Ormazábal la importancia de los seguidores azules, quienes en vez de debilitarse, cimentaron las bases de una incondicionalidad que se mantiene hasta hoy.

Ese ascenso fue el premio para un grupo que valoraba más la insignia en el pecho que otra cosa, jugadores que por orgullo se quedaron y lograron el objetivo. Con el tiempo se ha aprendido a valorizar aquel episodio, catalogado muchas veces como el peor de su historia.

El triunfo ante Curicó Unido fue un desahogo para quienes se desvivieron siguiendo los destinos del club. El término de esa campaña estuvo marcado por un viaje que de ida se hizo en un bus de segunda y de regreso en uno de primera.

La tarea estaba hecha, la U volvía después de 364 días al lugar que nunca debió haber dejado. Atrás quedaban los eternos viajes a distintos rincones del país, los barriales utilizados como canchas y el sacrificio de todos aquellos que la acompañaron. Culminaba un periplo que, a priori, nadie firmaría. Un transitar hostil y un golpe de realidad del que fue protagonista ese

plantel e hinchas. Se cerraba una etapa que daría paso a la gestación de algo grande. Una nueva U venía en camino.

## CAPÍTULO 2: ESPERAMOS 25 AÑOS

La percepción del tiempo es relativa. En más de una ocasión hemos dicho o escuchado “se pasó rápido” o “se pasó lento”, sin embargo, los 25 años que transcurrieron sin que la Universidad de Chile saliera campeón fueron literalmente toda una vida para algunas personas. Toda una generación que creció sin conocer los festejos de una institución que solía estar acostumbrada a ellos, pasó a ser testigo de las alegrías de otros equipos.

La bonanza de la década de los 60 se había acabado y los abrazos del título conseguido por el Ballet Azul en 1969 serían los últimos antes de entrar en la sequía más larga que ha vivido el club. Un periodo que ni el más pesimista hubiera imaginado, pero problemas económicos y crisis institucionales la fueron hundiendo y alejando de los focos principales del fútbol chileno.

A la angustia de convivir con malos resultados, los fieles azules también tuvieron que sumarle cargar con el peso de ver a Colo Colo dominando los 70' y ganar la Copa Libertadores en 1991. Además del sufrimiento que significó el descenso en aquella magra campaña de 1989 y lo difícil que fue asentarse en Primera División otra vez.

Tras un par de temporadas en franco ascenso, se aprestaba para comenzar el campeonato de 1994. El proceso de Arturo Salah formó un plantel que mezclaba la experiencia de avezados futbolistas, con el hambre de jóvenes que buscaban hacerse un nombre. Al frente aparecía su clásico rival, la Universidad Católica, que armó un equipo que aspiraba a todo, tanto a nivel nacional como internacional. Néstor “Pipo” Gorosito, Alberto “Beto” Acosta y Sergio “Charly” Vázquez, hacían prever que no sería una competencia sencilla.

La lucha contra el cuadro de la franja era intensa y ninguno se daba tregua. El torneo recién se iba a definir en la última fecha, en la que la U visitaría a Cobresal en El Salvador. Un campamento minero a más de dos mil 200 metros de altura sobre el nivel del mar. La aridez de un desierto aquella tarde se podría convertir en la tierra más fructífera. Una tierra santa donde los Leones querían hacer historia.

### **Nace una nueva U**

¡Tic-tac-tic-tac! Resonaba en el inconsciente de todo el pueblo azul. Una cuenta regresiva que cada vez se hizo más abrumadora. Durante este tiempo lejos de los triunfos la U tocó fondo. En 1989 descendieron y tuvieron que competir en Segunda División. En la fase final de la B, consagraron su ascenso derrotando a Curicó Unido en la Granja por 0-3. Esa campaña

terminaría en la comuna de Ñuñoa, donde un Estadio Nacional repleto vería como se quedaban con la categoría al vencer a Palestino.

Tras su regreso a la división de honor, la temporada de 1990 parecía tener un futuro prometedor, aunque los malos resultados regresaron y terminaron en la undécima posición de la tabla. La mala gestión deportiva siguió presente y en 1991 estuvieron a punto de volver a descender. Se ubicaron en el decimocuarto lugar y tuvieron que disputar la liguilla de promoción. La situación no daba para más, fue entonces cuando una serie de cambios en la institución comenzaron a enmendar su rumbo. En 1992, el doctor René Orozco asumió la presidencia y Arturo Salah el puesto de entrenador.

“El doctor Orozco llegó en representación de la Casa de Estudios, trayendo consigo principios valóricos en cuanto al factor humano. Por otra parte, Arturo Salah se preocupaba tanto de la parte futbolística como también de la organización. Le dio directrices desde adentro hacia afuera con los pocos recursos que disponía”, explica Mariano Puyol, capitán universitario entre 1991 y 1993.

Bajo esta nueva directiva, el plantel hizo muchos cambios, incorporó al arquero argentino Sergio “Superman” Vargas, el defensa y seleccionado paraguayo Rogelio Delgado, a Cristian Romero y Eduardo Gino Cofré. Aquel año terminaron quintos, al borde de la clasificación para la Copa Libertadores. En 1993 subieron al cuarto lugar y otra vez se quedaron ad portas de dicho torneo. El equipo se sentía importante de nuevo y veían cada vez más cerca la opción de conseguir algo grande, solo faltaban los últimos ajustes.

De cara a la campaña de 1994, Mariano Puyol, capitán y pilar fundamental, dio un paso al costado. “Me fui porque amo al club y ya no podía darle lo que en ese momento necesitaba”, reflexiona. Tras su salida, Luis Musrri asumió la jineteta y el liderazgo del grupo. Por otra parte, los canteranos Esteban Valencia y Marcelo Salas cobraron relevancia en la plantilla y los fichajes de Ronald Fuentes, Raúl Aredes, y Patricio Mardones, terminaron de cimentar un grupo que pasaría a la historia. Nacía una nueva U.

## **De villano a héroe**

Patricio Mardones, nació el 17 de julio de 1962, se formó en la Universidad Católica y comenzó su carrera en 1983. Junto al cuadro de la franja ganó cuatro copas y rápidamente se convirtió en un referente de la institución. Sus buenas actuaciones le permitieron jugar en el Saint Gallen de Suiza, en el que estuvo desde 1988 hasta 1991. Tras su experiencia en Europa regresó a Chile

en 1992 y recaló en O'Higgins de Rancagua. Luego de su paso por el conjunto rancagüino, en 1994 comenzaría su historia con la U.

“Llegué a fines de enero, comienzos de febrero y firmé un contrato por solo un año. Pude haber firmado por tres, lo que me traería mayor seguridad y tranquilidad, pero me jugué la opción de uno, porque confiaba que nos iba a ir bien y lógicamente iba a ser bueno para mí”, recuerda.

Su trayectoria y formación hacían que su llegada no fuera como la de cualquier otro jugador. Su pasado en Católica pudo haber significado una piedra de tope, sin embargo, nada de eso lo limitó. “No conocía tanto la interna, pero sí lo que significaba jugar en la U. Ya los había enfrentado y sabía que contaban con un público maravilloso. Por eso siempre tuve fe y decidí dar ese paso”, puntualiza.

Su vínculo contractual duraría tres temporadas, periodo que le bastó para ganarse el cariño de la gente y transformarse en una pieza clave. Con el dorsal número 8 en su espalda, el Pato se convertiría en ídolo.

## **Cambios y turbulencias**

La Universidad de Chile tuvo un muy buen arranque: seis triunfos y un empate, con veinte goles a favor y solo siete en contra. Sin duda este rendimiento ilusionaba a una hinchada que veía más cerca que nunca la oportunidad de romper la racha de 25 años sin títulos de Primera División.

El próximo rival era Palestino. Ese 31 de julio el Estadio Nacional celebraba el triunfo ante los árabes por 2-1, gracias a los goles de Marcelo Salas y Luis Guarda. Esta sería la última victoria antes de que una radical decisión atentara con el sueño de bajar la octava estrella. Arturo Salah renunciaba y se iba a dirigir al Monterrey de México, dejando a todo un plantel a la deriva.

Ante la necesidad de encontrar un nuevo técnico, llamó la atención la decisión del presidente René Orozco. No se iba a contratar a nadie y el cargo lo asumiría Jorge “Lulo” Socías, quien en ese entonces era el ayudante de Salah. Las dudas del nuevo proceso no tardaron en aparecer y de a poco tomaron fuerza. Una categórica derrota 0-3 ante O'Higgins en el Teniente marcó el inicio del Lulo al mando. Tras eso vino un empate 0-0 con Cobreloa, que sembraría desconfianza de cara al próximo desafío. El siguiente rival era Universidad Católica, con la cual disputaba la punta del torneo. Una dolorosa derrota 0-1 ante los cruzados y el posterior empate contra Rangers empezaron a hipotecar las aspiraciones de un conjunto que veía alejarse la opción del título.

“En el entretiempo contra Rangers sentí que la charla del Lulo fue muy plana pero no sabía cómo decírselo, así que hablé con el kinesiólogo, Sergio Pacheco, para que hiciera de intermediario”, declara Víctor Hugo Castañeda. Pasó una semana y se concretó la reunión. Víctor Hugo se juntó con el Lulo a tomar café y a hablar acerca del mal presente que atravesaban.

“¿Querías hablar conmigo?”.

“Sí, me gustaría colaborar. Creo que contra Rangers se veía que nos veníamos abajo y usted en el descanso tendría que haber pegado un par de gritos, esos gritos que pegaba Salah”.

“Pero yo no soy Salah”.

“No, si sabemos que no es Salah, usted es Socías y es el técnico de la U”.

A partir de ese día las cosas cambiaron y el rumbo se enmendaría.

## **La lucha contra Goliat**

Desde el comienzo se veía que las dos universidades serían protagonistas y se perfilaban como candidatas a ganar la liga. La renuncia de Salah y el dubitativo arranque de Socías permitió que la Católica se alejara, complicando las opciones de la U. Sin embargo, dos caídas sorprendidas del elenco cruzado ante Regional Atacama y Deportes Antofagasta permitieron que esa distancia se diluyera, quedando con los mismos puntos a falta de cuatro fechas para que terminara el campeonato.

Cuando se acercan las definiciones, en el fútbol se suele hablar de “finales” y la jornada 27 definitivamente lo fue. Los dirigidos por el Lulo Socías se veían las caras contra Gorosito, Acosta, Vázquez y compañía. Un enfrentamiento donde se jugaban mucho más que dos puntos, ya que el ganador alcanzaría la punta de la tabla a falta de tres fechas.

Más de setenta mil espectadores concurren al recinto de Ñuñoa ese 4 de diciembre de 1994 para ver el clásico universitario. La salida a la cancha estuvo marcada por el gran recibimiento de los fanáticos que, entre petardos, globos y cánticos, los saludaban con la ilusión de ganar y quedar punteros. El 0-0 se adueñaba de la primera mitad y ambas escuadras dejaban claro que venderían cara la derrota. En el complemento ninguno era capaz de imponerse en el marcador y el tiempo se les agotaba. Solo a falta de diez minutos para el final, llegaría la jugada que decidiría el encuentro. Asistencia perfecta de Castañeda al Matador, que con un control magistral se acomodó y ubicó la pelota al palo derecho de Patricio Toledo, quien solo pudo mirar como se inflaba la red de su arco. “Era fundamental que alguien me marcara donde quería

la pelota y Marcelo era especialista en eso. Él me picó al espacio, se la tiré, controló y definió”, recuerda Víctor Hugo.

La celebración rápidamente dio paso a la medida de un Jorge Socías que buscaba, a toda costa, mantener ese resultado. “El Lulo me llamó y me dijo que enfriáramos el partido, que teníamos que terminarlo, así que no atacamos más y lo aguantamos”, explica también el ex mediocampista. Se cumplían los 90 minutos y el árbitro, Carlos Robles, adicionaba tres más. “¡Vamos, vamos Leones, que esta noche tenemos que ganar!”, entonaba la hinchada que le daba la última dosis de energía a los jugadores. El reloj marcó el 93’ y el pitazo final desató la algarabía de los miles de asistentes que lo celebraron como si hubieran ganado la liga. “Nosotros veníamos remando desde atrás, Católica siempre tuvo la ventaja en la tabla. Afortunadamente los pudimos vencer y recién ahí pasamos a ser punteros”, comenta el Huevito Valencia.

## **Último esfuerzo**

La tarea aún no se terminaba. Rangers, Coquimbo Unido y Cobresal eran los últimos escollos que debía superar para coronarse. Ante los talquinos el trámite fue fácil, un contundente 5-0 solidificaba un camino que cuatro días después reafirmarían contra los “Piratas” al vencerlos por 3-1. La última piedra sería el cuadro minero, el mismo rival que cinco años atrás sentenció su descenso. Aunque esta vez el escenario era otro, los azules viajaban al norte con la primera opción de ser campeones.

“A esas alturas del campeonato sentíamos mucho agotamiento y estrés por la exigencia de la campaña. Sabíamos que dependíamos de nosotros, pero también éramos conscientes de que nos íbamos a encontrar con un rival muy motivado y que sabía lo que era jugar en altura”, reflexiona Patricio Mardones.

## **El Sauzal**

A primera hora del sábado 17 de diciembre, el plantel realizaba su último entrenamiento antes de viajar. Si bien aún faltaban más de veinticuatro horas, el duelo en Santiago ya se palpaba. El equipo entrenaba en el Sauzal. Dicho complejo contaba con un camino ascendente que permitía el acceso a tres diferentes canchas, una más arriba que la otra. Ese día, el público repletó el lugar para acompañarlos y apoyarlos.

“Normalmente tardábamos dos o tres minutos en hacer ese recorrido, pero cuando terminamos el entrenamiento nos demoramos media hora en bajar, porque la gente quería



saludarnos, sacarse fotos, autógrafos. Nos decían que ahora sí lo íbamos a conseguir”, declara Víctor Hugo Castañeda. Desde allí partieron al hotel donde estaban concentrados, para luego dirigirse al Aeropuerto Arturo Merino Benítez. Entre un mar de seguidores que los despedían emprendieron rumbo a El Salvador, en el vuelo 054 de LAN Chile a las 11.40 del día.

## **La tierra prometida**

El lugar que definiría el destino de Universidad de Chile era El Salvador. Ubicado a más de mil kilómetros de Santiago, a dos mil 200 metros de altitud, junto a la cordillera de los Andes y en medio del desierto de Atacama. El campamento minero comenzó a explotarse en 1959 y hasta 1994 se mantuvo como el único existente en el país. Contaba con una población de 18.000 habitantes, en su mayoría mineros trabajadores de Codelco. Así lo informaba en su sección deportiva el diario *La Tercera*, el viernes 16 de diciembre de 1994. Hasta esa remota locación, se trasladaron cerca de 25.000 azules, quienes varios días antes del duelo ya recorrían sus calles.

## **Oleadas azules**

Una población flotante partía desde diferentes puntos del país. Las múltiples ofertas de transporte se agotaron durante la semana previa. Las empresas Pullman Bus, Tramaca e Incaval promovieron paquetes que iban desde los \$18.000 hasta los \$20.000 pesos, mientras que las compañías Turismo Tempo y Austral Tours ofrecían sus planes de vuelo que costaban \$105.000 y \$119.400 pesos respectivamente. Más allá de las opciones comerciales muchos viajaron en sus autos particulares, hicieron dedo y caminaron muchos kilómetros para presenciar la definición del torneo.

German, “El Huaso”, partió desde Estación Central el sábado a las 8.00 de la mañana. Allí tomó una micro blanca con café, también llamada Peñaflor, que se había conseguido su íntimo amigo apodado Carnaval. Tras reunirse con sus camaradas, se subió al transporte, se acomodó en el asiento, afinó su garganta y cantando a todo pulmón empezó una aventura que le cambiaría la vida. “Al partir saqué la cabeza por la ventana, era una caravana impresionante, se veía una hilera gigante por ambos lados”, manifiesta.

Otra sección importante de la comitiva que salió de Santiago se reunió ese mismo día en la sede del club ubicada en Campo de Deportes 565, al lado de avenida Grecia. Desde allí, pasado el mediodía, partieron decenas de buses que gestionaron Los de Abajo, barra que hace algunos años había asumido el liderazgo dejado por El Imperio Azul. En uno de ellos iba

Rodrigo Lucero, alias R, quien sentía el deber de ir, por haber viajado durante toda esa campaña a distintas regiones sin perderse ni un solo partido. Su travesía la realizó en un Pullman Bus que consiguió su amigo Walter Sagal, líder histórico de la barra. La primera parada fue pasado Quilicura, un local donde se abastecieron para luego continuar un viaje que recién comenzaba.

“Algunos iban tomando *chela*, los que eran buenos *pal pito* o el cigarro fumaban, otros con garrafas de vino y tampoco faltaba el pisco o el vodka. En general era un espacio donde tirábamos la talla, contábamos chistes y cantábamos”, puntualiza.

El mismo R también recuerda que en esas instancias se crearon muchas de las canciones que después ocupaban en la barra: “Surgía una melodía y sobre eso íbamos inventando la letra. En los 90’ salieron canciones emblemáticas, que no hablaban ni de *copete* ni nada de ese estilo, eran puro sentimiento *cachai*”. Según él, los mejores cánticos se hacían en los trayectos, porque era un espacio idóneo de creatividad. No obstante, durante ese recorrido la ansiedad y el miedo hicieron que crear canciones no estuviera en sus planes. “Se nos hizo eterno, viajamos con el miedo de que al llegar allá no quedaran entradas”, declara.

### **¿Dónde está el bus del Choclo?**

Rodrigo La Rivera, el Choclo, quien formaba parte del núcleo de Los de Abajo, estaba a cargo de un bus con 45 personas inscritas. El problema era que su vehículo no aparecía por ninguna parte. Temeroso ante la posibilidad de quedarse en Santiago, pidió prestado un teléfono en la sede y comenzó a llamar a su chofer. Lo llamó una y otra vez pero no le contestaba. Pasaron varios minutos, los que parecieron horas, hasta que por fin lo vio estacionarse. Sin embargo, cuando se disponía a subir, Walter Sagal se acerca y le dice: "Este me lo mandaron a mí, yo hablé hace un rato con el weón encargado así que *cagaste*". Tras escuchar estas palabras La Rivera no protestó, en la barra se respetan los rangos y la historia. “*Chucha* no era idolatría, pero no le iba a alegar al Walter”, comenta.

A pesar de tener el viaje planificado con una semana de antelación, todo parecía salir mal. El Choclo llevaba toda su vida deseando ver a la U campeón y ahora que su anhelo se podía hacer realidad, el destino lo volvía a golpear con una espera que se hacía eterna.

Pasadas varias horas ya no sabía qué hacer. Eran cerca de las cuatro de la tarde, aún no tenía transporte y la paciencia de los camaradas a su cargo se agotaba. “Parecía un perrito en celo, porque caminaba y 45 weones me seguían. Al final varios cabros me empezaron a pedir las *lucas*”, recuerda.

En el transcurso del día aparecieron micros clandestinas que ofrecían precios más elevados al coste normal. Un pasaje que costaba diez mil pesos, ahora bordeaba los quince mil. Si bien el Choclo no quería tener que recurrir a este medio llegó un punto en el que no tuvo más opción. Entonces acordó viajar en una liebre, aunque tuvo que reducir de 45 a 34 los pasajeros y se comprometió a pagar doce mil pesos por cabeza, superando su presupuesto inicial.

Tras un día de tensión absoluta pudo partir a las ocho de la noche. Al pasar por Plaza Italia, sus amigos Olafo y Darwin, prendieron un cigarrillo de marihuana de quince centímetros, sacaron un ron blanco y se armó la fiesta. “Yo no fumo marihuana, pasé por al lado de ellos y quedé *hecho bolsa*”, expone. Solo en ese momento, ya en marcha, pudo acomodarse y pensar en la definición que se aproximaba.

Iban retrasados, pero una gran sorpresa les cambiaría su suerte. La liebre tenía turbo. Esto les permitió abrirse paso rápidamente hasta Copiapó, dejando atrás a otras comitivas que salieron a las cuatro de la tarde. Allí el conductor le dijo al Choclo: “Oye conozco un camino diferente que nos puede ahorrar una hora y media. El único problema es que por ahí no hay nadie y si nos quedamos en pana *cagamos*”. Interesado por la oportunidad de seguir acortando su retraso inicial, decidió correr el riesgo: “*Chucha ya, vamos nomás*”, le respondió de inmediato. Finalmente, su apuesta resultó exitosa. De los buses que partieron desde Campo Deportes 565, la libre accionada con turbo fue la primera en pisar El Salvador.

## **Humo en la carretera**

Mario Herrera, estudiante de cuarto medio, pasó meses ahorrando el dinero necesario para viajar con la barra hacia el choque decisivo. Como muchos de sus amigos, creció escuchando historias de una U ganadora, algo que él nunca pudo presenciar y esta era una oportunidad que no podía dejar pasar. Lleno de entusiasmo, formó parte de la enorme caravana que comenzó en la sede. El trayecto fue largo y no estuvo exento de problemas.

De madrugada, a la altura de la cuarta región, Mario dormía, cuando de repente despertó sobresaltado ante la voz alarmada de un compañero que le decía: “Mario, Mario, despierta weón”. Un somnoliento Herrera abrió sus ojos y se encontró rodeado de humo, “*chucha, cagamos*”, pensó. Unos nervios le apretaron el estómago, el viaje peligraba. Una vez abajo les explicaron que las balatas se habían sobrecalentado y que debían esperar. Herrera se lo tomó con calma y se mantuvo por una hora junto a todos sus compañeros al borde de la carretera.

## Ley seca

Hoy se rompe la maldición, por fin nos coronaremos, nada puede salir mal. Ese era el pensamiento que invadía la mente del Huaso, que partía al Estadio El Cobre con la intención de cumplir una promesa que se hizo a sí mismo, una que le quemaba el alma. Sin embargo, para ver campeón a la U, debía enfrentarse a un enemigo implacable, la sed.

Durante la mañana del domingo 18 comenzaron a llegar a destino. El calor y la aridez del desierto, eran una feroz amenaza para los frenéticos hinchas que, entre cánticos y plegarias, comenzaban a quedarse sin aire y añoraban más que nunca un refresco. En ese momento, vieron a través de las ventanas de la Peñaflor, como si del mejor oasis se tratara, un camión lleno de cervezas. Aquella imagen parecía una ilusión, pero era real y estaba a tan solo unos metros de distancia. Se miraron felices entre los camaradas azules, era su día de suerte, una señal. Entonces, sin pensarlo dos veces se acercaron de la manera más sigilosa posible, tomaron dos jarras y se las llevaron. Lo que ellos no sabían era que una estricta ley seca regía en la zona y llevar alcohol era penalizado. La medida fue firmada por el Intendente de la región, Eduardo Morales Espinosa y entraría en vigencia desde las 00.00 horas del domingo hasta las 22.30 horas de ese mismo día. El decreto prohibía el expendio de bebidas alcohólicas en toda la zona circundante en una distancia de cinco cuadras a la redonda de El Cobre. Debido a eso, ante el masivo arribo de fanáticos, en la entrada de El Salvador incautarían todo el alcohol.

El Huaso, el Carnaval y el resto de pasajeros, se tomaban las cervezas y cantaban sin parar. Nadie se esperaba el control policial que estaba a punto de ponerlos en jaque. En medio de la calle un carabinero les dijo que se detuvieran. El chofer detuvo el vehículo, puso el freno de mano y abrió las puertas a la espera de la revisión. Todos los azules veían amenazados el sueño de su vida. En el mejor de los casos solo les quitarían el alcohol, pero en el peor podían llevarlos detenidos si comprobaban la forma en que consiguieron el cargamento de cervezas. Contrario a sus máximos temores, la reacción del policía dejó a todos sorprendidos. "Respeten la zona, aquí la gente está asustada, porque es primera vez que la ciudad está llena", les dijo. Libres de cualquier autoridad, el Huaso logró recuperar la tranquilidad. Tras este percance se encaminaron hacia su destino. Ahora su única preocupación era la definición del torneo.

Distinta fue la suerte del grupo comandado por Walter Sagal, donde viajaba el R. Al aproximarse a la subida que antecede al campamento minero se toparon con la comisaría encargada de la fiscalización. Comenzaron a revisarlos, pero en lugar de quitarles sus cervezas, champagne, pisco, vino, entre otras cosas, les hicieron una curiosa propuesta: "Bajense y tomense lo que tienen que tomarse y después suben", les dijo el carabinero al mando. El mismo

procedimiento se repitió una y otra vez con las comitivas bullangueras que aparecieron. La policía dejaba a los fanáticos beber lo que llevaban consigo durante un par de minutos y luego les quitaban todo lo que sobraba. “Ahí veías a buses parados delante tuyo, e incluso varios detenidos más atrás”, manifiesta el R.

Por otra parte, el bus de Mario Herrera había superado el desperfecto de las balatas y se aproximaba a la tercera región. Fue entonces cuando se encontraron con otro grupo que les avisó de un control policial más adelante. Ante la amenaza de perder su cargamento o ver restringida su entrada al asentamiento minero, decidieron evitar problemas y deshacerse de todas las bebidas alcohólicas. No obstante, su plan no contemplaba desperdiciar ninguna gota y se tomaron todo lo que llevaban consigo. “Llegamos al control y vimos un cerro de *copete*. A nosotros nos revisaron pero como ya nos lo habíamos tomado nos dejaron pasar”, comenta Herrera.

### **La camioneta de pescado**

Cristopher Antúnez salió solo desde Santiago, sin embargo se sentía acompañado, porque arriba del bus todos compartían el mismo anhelo. “Me acuerdo que hicimos una parada y vi a varios ciclistas con la camiseta de la U en ruta hacia el estadio. Se podía sentir que era un viaje mágico”, declara.

En la mañana del sábado llegó a Chañaral pero aún no terminaba su recorrido. Era una travesía larga para hacer a pie, por lo que Christopher y los demás intentaban que algún auto los llevara, aunque estos no se detenían. En su afán por conseguir transporte, se separó del grupo y probó suerte solo, con el objetivo de tener más posibilidades. “Una camioneta se detuvo, me preguntó a dónde iba y me dijo que él me podía acercar. El único problema es que en la parte de atrás llevaba pescado fresco, fue súper desagradable pero no me quedaba otra opción”, recuerda.

La camioneta lo dejó al inicio de la cuesta previa antes de llegar a la zona. Christopher, quien sufre de vértigo, iba a tener que sortear ese desafío si quería ver el partido. “Era muy alta. A medida que subía miraba hacia abajo, imagínate cómo me sentía”, comenta. El vértigo a las alturas no importaba, la misión era clara. Debía acompañar al cuadro de sus amores sin importar las circunstancias. Ningún reto aplacaría su pasión.

## **Fiesta de recaudación de fondos**

Una vez instalado en la zona, Antúnez buscó un lugar donde pasar la noche pero no quedaba nada disponible. Sin alojamiento, la única alternativa era dormir en la calle. Se acababan las opciones cuando se encontró con una fiesta de recaudación de fondos, organizada por bomberos. Pagó la entrada y al ingresar se dio cuenta que estaba lleno de bullangueros.

Al ritmo de Los Cadillacs parecía que todo se hacía más amable, sensación que no duró mucho. De un momento a otro se prendieron las luces y entró carabineros. “Ya, todos los de la U tienen que salir”, se escuchó una voz con tono amenazante. “Menos mal yo no andaba con la camiseta, así que pasé *piola*. Los *pacos* se llevaron como a cien cabros”, concluye el ahora periodista. Continuaron bailando hasta que pasado unos minutos, nuevamente llegó carabineros, pararon la música y echaron a todos. La fiesta había terminado, aún quedaba noche y Christopher volvía a la calle.

## **Los hermanos “Cogollo”**

Rodrigo Núñez, conocido como el Depra, vivía en el norte y solía viajar siempre junto a sus amigos a ver los partidos que la U jugaba en la zona. Por ese motivo se organizaron para estar presentes en el duelo decisivo.

En el campamento minero, llamaron a unas personas que conocieron en uno de sus viajes, los Hermanos Cogollo, quienes tenían casa en El Salvador y les ofrecieron quedarse con ellos esa noche. “Nos dieron la dirección de donde trabajaba su papá, que era comerciante. Se suponía que ahí nos íbamos a juntar”, explica.

Era la primera vez que visitaban ese lugar y no conocían las calles ni la dirección que les dieron. “Se notaba que era un ambiente súper tranquilo aunque ese día se veía muchísima gente”, manifiesta. Una vez que lograron dar con el local, esperaron hasta que cerraran el almacén, pero los Cogollo no llegaron, así que se fueron con su padre. “Nos metieron adentro de un camión, en la parte de atrás con todo cerrado, súper incómodo. No sabíamos adónde íbamos”, declara.

En la casa se encontraron con los Cogollo, que venían con varios amigos más. Después de instalarse, comenzaron a hablar sobre lo que sucedería al día siguiente. Entre esas conversaciones aparecieron los padres y les pidieron que cuidaran la casa, porque ellos iban a ir a un matrimonio. “Antes de irse nos pasaron unos cartones sobre los que íbamos a dormir,

además nos dejaron un *display* de vino en caja. Pasamos esa noche tomando el vino, puro *webeando* con locos que ni conocíamos”, rememora.

## **Camino del Inca**

La U se concentró en el Hotel Camino del Inca, ubicado en la avenida El Tofo 330. Única oferta hotelera del sector. El edificio, catalogado con tres estrellas, contaba con 70 habitaciones disponibles. Lo que en principio sería una concentración normal, fue totalmente diferente. El ambiente no era nada tranquilo ni reservado, ya que hasta allí también llegaron periodistas y fanáticos que coparon las instalaciones.

Nadie quedó indiferente ante tal evento. “Compartimos con los hinchas y fue maravilloso. Desde el hotel se podía ver la caminata que hacía la multitud que iba a alentar”, recuerda Patricio Mardones.

Cada vez quedaba menos para el duelo y la tensión aumentaba. Víctor Hugo Castañeda destaca que en ese momento apareció el liderazgo de Jorge Socías, quien les dijo: "Esto es lo que ustedes han provocado, por esto hemos luchado y todo depende de nosotros. Ellos están descendidos, van a jugar sin presión, pero eso no puede ser mayor a la ilusión que tenemos de romper esta racha". Tras esta arenga, se mentalizaron en lo que venía y aguardaron con calma.

## **La paella**

El hotel no contaba con muchas entretenimientos, sin embargo, una mesa de pool ayudaba a que pudieran relajarse y distraerse. Algunos jugaban y el resto miraba o conversaba. Entre esas conversaciones, el Lulo se acercó a Víctor Hugo y le encomendó una misión. “Anda a hablar con Fazio, que está encargado de la comida de celebración. Tiene que estar todo organizado”. El volante fue a hablar con él y le preguntó cuál era el plan:

“Organicé una paella en mi casa esta noche para celebrar”.

“Sí, claro, pero ¿tú eres consciente de que si no ganamos te la vas a tener que entubar?”.

“No importa lo que pase, vamos igual”.

“Estás loco. Si no somos campeones hoy tenemos que jugar el miércoles una definición contra Católica”.

La consigna era una sola, no podían pensar en celebraciones anticipadas ni mucho menos planificarlas. Se acercaba la hora en que debían partir hacia el estadio.

## ¿Dónde está el agua?

La caminata por el desierto, bajo un fuerte sol, no mermaba el entusiasmo de los fanáticos que mediante cánticos rompían la monotonía del trayecto. Un fervor desinteresado, propio del amor irrenunciable que requiere el ser hincha. “Para la gente que no entiende esta pasión, los sacrificios que hacemos no significan nada, pero nosotros sabemos que significan todo”, reflexiona Gabriel Villa al recordar el esfuerzo que hicieron las miles de personas que viajaron.

Una vez instalados en los alrededores del recinto deportivo, buscaron lugares donde les dieran agua, pero se llevaron una gran sorpresa. Lo que le llamó profundamente la atención fue que al pedir agua en una casa, la dueña le dijo:

“No mijito, si cuando hay partido cortan el agua para regar el pasto”.

“¿Y ustedes qué hacen?”, le preguntó Villa.

“Nos quedamos sin agua nomás hasta que termine”.

## Turistas extraños

Esa zona tranquila y poco habituada a las multitudes, tuvo la gran prueba de recibir a más de 25.000 visitantes. *El Mercurio*, en su edición del domingo 18 de diciembre de 1994 informaba que un contingente policial, sin precedentes de 200 efectivos, iba a estar concentrado en vigilar a la barra de Los de Abajo. Un impacto más allá de lo deportivo, que repercutió en el apacible asentamiento minero ubicado en la comuna de Diego de Almagro.

“Nos miraban como bichos raros, algunos con miedo. Veían a un grupo de chascones que llegaron a su ciudad. En esa época la mayoría escuchaba música metal y nos vestíamos con pantalones rajados, poleras negras de Iron Maiden, Metallica o Sepultura, explica el R.

Casi todo el mundo cerró sus puertas y juntó las cortinas, asemejándose a una clásica escena del lejano Oeste. Muy pocos andaban por las calles, aparte de los hinchas de la U. Les resultaba extraño que de la nada aparecieran grupos que dormían en las calles y pedían dinero.

Antúnez, que logró pasar la noche en un servicentro, también se acuerda de lo que significó para los lugareños tal invasión: “Una niña me dijo que nunca había visto esa cantidad de personas en su vida”, comenta.

Las puertas del estadio aún no abrían y los azules se reunían afuera esperando entrar. Vecinos del sector se acercaban con curiosidad, querían vivir de cerca esa revolución. “Reconocieron al Anarkia y al Kramer, les pedían fotos y autógrafos. A todos nos daba risa la



situación porque sin ser mediáticos, los cabros por ser jefes de la barra salían a veces en la tele”, recuerda el Choclo.

## **El asalto de Valdés**

Federico Valdés se hizo conocido en 2007 al asumir la presidencia de Azul Azul, sociedad anónima que administra el club. Durante su gestión, se viviría una de las épocas más gloriosas, gracias al tricampeonato del fútbol chileno conseguido entre 2011 y 2012 y la Copa Sudamericana 2011. Pese a ello, su vínculo con el equipo viene de mucho antes. “Soy fanático desde que tengo uso de razón. Mi padre me llevaba a ver fútbol cuando era pequeño”, rememora.

Con diez años vio al Ballet Azul coronarse en 1969. Lo que no se imaginaba es que esa sería la última vez que festejaría en mucho tiempo. “Primero se cumplió una década y después se eternizó. En la segunda mitad de los 80’ se empezó a hacer desesperante la espera”, reflexiona. Pese a ello, cuenta que siempre fue un orgullo ser hincha de la U. Esa fidelidad y paciencia tendría su recompensa en 1994.

Para ese entonces tenía 35 años y no quería ausentarse de la gran definición por ningún motivo. Sin embargo, tuvo que enfrentarse a un problema. “Muy pocos vuelos salían hasta allá, así que la pelea por conseguir entradas y comprar pasajes era terrible”, comenta. Por fortuna, supo estar en el lugar y con la persona indicada. El lunes 12 de diciembre de 1994 se encontró con un amigo que era gerente de LAN. Valdés le preguntó si le podía conseguir entradas y pasajes para viajar a El Salvador. La respuesta fue negativa pero se comprometió a ayudarlo. Pasaban los días y no recibía noticias, hasta que el viernes en la noche sonó su teléfono.

“Federico, estamos organizando un avión donde irán autoridades y algunos no me confirmaron. ¿Sigues interesado en las entradas?”.

“Por supuesto que estoy interesado”, le dijo Valdés.

“¿Cuántas quieres?”.

“Todas las que tengas”.

“Tengo seis”.

“Te las compro”.

“Pero tienes que venir a buscarlas a mi casa y me las pagas altiro”.

“Ningún problema, dame tu dirección”.

Se dirigió al lugar, hizo el cheque y recibió los seis pasajes, cada uno con entrada. El vuelo estaba programado para el domingo a mediodía. Esa mañana, junto a cinco amigos

llegaron al aeropuerto y llenos de expectación se instalaron en un avión que contaría con la presencia de parlamentarios y jueces. Sin importar el escenario ni las formalidades, se dejaron llevar por la efervescencia. “Asaltamos el bar del avión en tierra, no esperamos ni a que despegara. Las azafatas se morían de la risa, eran todas fanáticas de la U. Sacamos vasos, botellas y se las empezamos a repartir a todo el mundo”, declara. Una fiesta justificada por el optimismo y la ilusión de ser campeones otra vez.

Después de aterrizar, un bus los trasladó directamente al estadio. “Nos dejó en la parte de los estacionamientos. Se escuchaba mucho ruido adentro, se podía sentir a la multitud”, puntualiza. Ante el miedo de no encontrar ubicaciones, se adelantó a sus amigos para buscar lugar. “Apenas nos bajamos me pegué un pique de no más de 300 metros y quedé con la lengua afuera. Yo hacía hartito deporte así que nunca imaginé que me iba a cansar tanto”, agrega. Tras eso, Valdés se dio cuenta del rigor de la altura y de que el choque no iba a ser sencillo.

### **Contando las horas**

La fecha 30 llegaba a su fin. La Universidad Católica vencía a O’Higgins por un contundente 5-1 y alcanzaba a los laicos en la punta de la tabla con 48 unidades. Con el mismo puntaje, ahora toda la responsabilidad de definir el torneo recaía en los dirigidos por Socías, a los que les bastaba solo un punto para lograr su objetivo.

### **El kiosco de transmisión**

Pepe Ormazábal llegó al recinto, optimista y animado por la oportunidad de inmortalizar el éxito azul a través de su voz. Sin embargo, un imprevisto puso en jaque su cita con la historia. La única caseta habilitada era utilizada por una radio local y las otras áreas de prensa fueron destinadas a *Megavisión*, canal que transmitió el compromiso. Debido a esto, Pepe no tenía un lugar donde hacer la cobertura del partido y no le quedó más opción que improvisar. “Llegamos a un acuerdo con el dueño de un kiosco que vendía confites, helados, bebidas, entre otras cosas”, explica. Esta cabina de emergencia se ubicaba sobre la galería, en la parte alta del complejo. El pequeño espacio contaba con dos ventanas: una por donde realizaban las ventas y otra con vista directa a la cancha.

Una vez instalados, se equiparon con un teléfono que les proporcionó Pablo Hofman, gerente de Cobresal y amigo de su jefe, Waldo Mora. Ya completamente preparados pensaban que podían relajarse, fue entonces que una serie de golpes hizo que las latas comenzaran a crujir.

“Estábamos al lado de los hinchas de Cobresal y le pegaban al kiosco haciendo sonar las latas de forma potente. En esas condiciones, junto a la elevada temperatura, era bravo transmitir, pero era nuestra única opción. Si no era de esa manera hubiese sido imposible, no cabía nadie en ninguna parte”, destaca Ormazábal.

A pesar de estar incómodos por el reducido espacio y por la gente aglomerada alrededor, a Pepe solo le importaba estar ahí, cumplir con su trabajo y también su sueño. Se abstrajo de las malas condiciones en que se encontraba, se concentró en su objetivo, encendió su micrófono y comenzó la transmisión.

### **Extintores de humo rojo y azul**

Quedaba alrededor de una hora y media para el inicio. El equipo realizó el calentamiento ante la ovación de los más de 20 mil fanáticos, que entre sonrisas nerviosas y cánticos disimulaban la tensión de una previa que se hacía eterna. “Se respiraba una sensación en el aire de que iba a ser un gran día. Se veía en los rostros de cada hincha, era algo muy especial. Esa oportunidad no se nos podía escapar”, reflexiona Pepe Ormazábal. Luego de unos minutos, los jugadores se retiraron del campo y se prepararon de cara al encuentro.

Extintores de humo rojo y azul teñían el cielo, papeles blancos volaban por el aire, globos que se elevaban hasta el infinito, petardos, banderas ondeando, y el mítico cántico: ¡Sale León, sale, sale, sale León! Así recibía la hinchada a:

Sergio Vargas

Cristián Castañeda - Ronald Fuentes - Rogelio Delgado - Fabián Guevara

Esteban Valencia - Patricio Mardones - Luis Musrri - Raúl Aredes

Juan Carlos Ibáñez - Marcelo Salas

El árbitro, Salvador Imperatore, mira su reloj y cuando este marcó las 17.00 horas dio inicio al partido.

### **Un rival a la altura**

El entusiasmo empezó a mitigarse al ver que Cobresal no permitía que los laicos desplegaran el juego que acostumbraban. Sergio Salgado, quien en 1989 fuera el autor de los dos goles que sentenciaron a la U al descenso, seguía formando parte del cuadro minero. “Nosotros ya

estamos descendidos, pero queremos entrar como buenos profesionales a hacer un gran partido”, declaró en la previa del duelo.

Pasaban los minutos y el rendimiento no mejoraba. El hincha desde la grada lo veía y las primeras dudas se hicieron presentes. “Nunca estuvimos cómodos, la pelota les quemaba, nadie era capaz de cambiar el rumbo”, recuerda Gabriel Villa.

“Fue un enfrentamiento muy bajo de nosotros. Había mucho nerviosismo, tensión y ansiedad por todo lo que nos jugábamos”, destaca el histórico portero, Sergio “Superman” Vargas. Pese al mal arranque, la barra nunca se vino abajo, nunca dejó de cantar. No importaba la altura ni el calor, ellos sabían convivir con la adversidad.

Con el 0-0 en el marcador, ambos cuadros se fueron al descanso. En los camarines, el Lulo motivaba a un plantel que estaba a 45 minutos de hacer historia. El empate servía, pero lo mostrado futbolísticamente en la primera parte no invitaba a la calma. El complemento iba a empezar y se presentaba con mucha incertidumbre.

## **Silencio en El Salvador**

La segunda parte era más de lo mismo. Corría el minuto 55 y un saque de esquina en favor del cuadro minero enmudecería a los seguidores de la U. Un ex cruzado, el Fito Ovalle, sería el encargado de anotar con un cabezazo el 1-0 para los locales y con eso, los fantasmas y las dudas se multiplicarían.

“Fue un error mío, porque me quedé a mitad de camino. Salí a buscar el centro y calculé mal. Fue un baldazo de agua fría. Nos quedamos estáticos sin creer lo que nos pasaba. El público también lo sintió y se quedó mudo durante varios minutos”, declara el Superman. En la galería, atónitos por lo sucedido, nadie reaccionaba. Uno de ellos era el R: “Sentí una presión, una fatiga, la maldición de otra vez no romper esa racha. Fueron varios segundos de silencio sepulcral”.

Otro que sufrió con el inesperado gol fue el Depra: “No lo podíamos creer, se me vinieron todos los fantasmas de los fracasos anteriores”.

Ese mismo sentir se replicó en el Choclo: “Me puse a llorar, vienen todos los malos recuerdos del pasado, toda esa mierda encima”.

Quien también recuerda aquel trágico suceso fue Gabriel Villa: “El estadio enmudeció. Lo único que se escuchaba era la sirena en el desierto, que era como una mosca en mi oído”.

“Se vinieron todos los fantasmas encima: los 25 años sin salir campeón, el descenso, la liguilla de 1992 que perdimos contra Colo Colo, todas esas desgracias deportivas se nos

empezaron a hacer presentes. Me acuerdo haber visto a muchas personas llorando”, comenta Antúnez.

Un instante que se hizo largo, segundos donde no encontraban respuesta. Había que dar vuelta la página y reaccionar, aún quedaba tiempo y se necesitaba del empuje de todos. Sergio Vargas, haciéndole honor a su personalidad y liderazgo, salió del arco, y a gritos le empezó a pedir a la grada que cantara.

“El Superman era muy histriónico, siempre levantaba las manos y gesticulaba, fue él quien empezó a arengar y de repente la gente se puso a cantar cada vez más fuerte. No se escuchaba más que el eco de lo que gritábamos”, explica Villa.

Vargas sabía que el apoyo de los hinchas era fundamental si querían revertir el resultado. “Empecé a gritarle al público que nos alentara, porque en ese momento era que los necesitábamos, no nos servía que estuvieran callados. Hacía señas a todos lados para que despertaran y nos hicieran volver a meternos en el partido”, recuerda.

Desde la improvisada cabina, Pepe Ormazábal mantenía la compostura y el optimismo. Pese a ver un escenario adverso el relator de la Sintonía Azul nunca dejó de confiar. “Le pregunté a Carlos Matta, que despachaba al borde del terreno, cómo se sentía y veía al plantel tras ese gol. Me respondió que estaba muy tenso y que notaba mucho nerviosismo en el ambiente. Le dije que se tranquilizara, que el empate iba a llegar”, rememora.

Al ver que los jugadores intentaban luchar, la hinchada comprendió que debía hacer lo mismo, y así fue. Lo que generó un efecto en cadena que disipó el silencio. El miedo, la angustia y el nerviosismo seguían intactos pero eran demasiados los kilómetros recorridos como para perder la convicción ante ese obstáculo. Volvieron a alentar con toda su energía, aunque eso no era suficiente.

### **La jineta de capitán**

El partido avanzaba y la derrota les arrebatava su sueño. En la banca los suplentes calentaban, se veían los cambios. El Lulo necesitaba poner en juego variantes ofensivas y cuando el reloj marcó el minuto 60, el capitán Luis Musrri abandonó el terreno de juego y en su lugar ingresó Marcelo Jara.

“Bastante molesto se va Lucho Musrri, y se llevó la jineta de capitán”, destacaron desde la transmisión oficial. Si bien llevarse la jineta consigo al banco pudo ser un accidente, en realidad era parte de un plan. Horas antes, aún concentrados en el hotel, Castañeda tuvo una conversación con Musrri y entre bromas le avisó lo que pasaría ese día:

"Te van a sacar y entraré yo. Quedaré como capitán y voy a recibir la copa", le dijo.

"No te voy a entregar la jineta si salgo", le respondió.

Dicho y hecho, lo que comenzó con una conversación entre compañeros, se trasladó al terreno de juego. Fiel a su palabra, al momento de abandonar el campo se llevó consigo el distintivo que lo designaba como el encargado de alzar el trofeo. Sin embargo, en la cancha perdían 1-0 y su anhelo se desvanecía. Solo quedaba media hora y la desesperación se sentía cada vez más.

Las oportunidades de gol eran escasas. Con impotencia, Castañeda veía que no generaban peligro y él no podía ayudar. "Miraba al Lulo y nada. Teníamos la pelota pero no llegábamos al arco de Cobresal. Sabía que si yo jugaba podíamos ganar o empatar". Se aferraba a esa ilusión hasta que llegó el ansiado momento. A falta de dieciocho minutos, Socías decide mover las piezas y lo hizo entrar por Valencia. La oportunidad que Víctor Hugo tanto ansiaba se volvía realidad.

### **Un penal bendito**

Corría el tiempo y el equipo lanzado al ataque, con más corazón que ideas de juego, buscaba desesperadamente el gol del empate. Un tanto que valía un campeonato. Los cánticos no cesaban y empujaban a sus jugadores hacia el arco rival, pero nada parecía hacer efecto. Universidad de Chile se quedaba a las puertas de asegurar el título en esa jornada, y la agonía de la sequía pesaba más que nunca.

Tras varios intentos, en el minuto 78 llegó una jugada que marcaría el partido y les devolvería la esperanza. Marcelo Salas entró al área intentando recibir un centro cuando fue derribado por Juan Rivera. De inmediato el árbitro, Salvador Imperatore, cobró la pena máxima. Era la oportunidad de encontrar la igualdad y encaminarse a la gloria.

"Penal, penal, penal para la U, falta sobre Salas y penal favorable para la U" se escuchó en la transmisión televisiva. Relato al que agregaron: "Yo creo que hay penal, hay un desplazamiento con el brazo derecho, lo levanta ilícitamente".

El encargado de definir la historia era Patricio Mardones. El jugador, nacido futbolísticamente en Universidad Católica, tenía en sus pies la definición del torneo. Cualquiera podría haber sucumbido ante tal responsabilidad, pero no el Pato, quien estaba ad portas de escribir su nombre en la historia grande de la U.

Tras la infracción tomó el balón y se dispuso a cobrar la falta. Con una confianza absoluta en sí mismo se encaminó al punto de tiro y esperó con una templanza envidiable la

orden del árbitro. “Nunca dudé ni tuve miedo de ejecutarlo. Tenía mucha confianza porque venía jugando bien. Me sentía 100% seguro que lo iba a meter.”, argumenta. Desde ahí comenzó a escuchar una serie de murmullos entre sus compañeros. “Viene Sergio desde atrás y le pregunta a Rogelio si me encontraba bien”, rememora.

Entonces, Víctor Hugo Castañeda, uno de sus compañeros más cercanos y con quien además compartía habitación, decidió poner orden. Se le acercó y le preguntó directamente: ¿Cómo estás?

“No se preocupen, lo voy a hacer”, dijo el “8” universitario.

Ante la respuesta, Castañeda pensó: “Listo no hay nada más que hacer” y se encargó de sacar a todos los que se acercaban para que no lo molestaran.

### **La mirada del hincha**

El nerviosismo se apoderó de los fanáticos presentes, quienes aguardaban el cobro que les daría su máxima alegría o bien su peor lamento.

Por un lado, el Depra comenzaría una tradición que lo acompañaría el resto de su vida. “El Pato agarró la pelota y yo me di vuelta, los nervios no me dejaban ver. A partir de ese día nunca volví a ver penales, se transformó en mi cábala”, explica.

Desde otro sector, al R lo invadió el optimismo. No dudaba que todo saldría bien. “Cuando tomó el balón dije: ‘Esto es gol’. Muchos se dieron vuelta, incluso vi a locos rezando, pero en cambio yo levanté los brazos de inmediato, porque él nunca fallaba”, menciona emocionado.

El optimismo de algunos era el miedo de otros, ese fue el caso de Gabriel Villa, quien solo le pedía al equipo que no desperdiciara esa oportunidad. “Lo único que se me vino a la mente era que por favor no lo fallaran”, declara. Sin embargo, su pánico inicial se detuvo al ver quien era el designado. “Mardones era sinónimo de seguridad máxima, como un abrazo apretado”, agrega.

### **Un remate que lo cambió todo**

Aunque un lanzamiento penal se ejecuta en segundos, sus consecuencias quedan para siempre. Una instancia en la que solo algunos son los privilegiados que pueden mantener la calma y asumir el riesgo de tomar ese disparo.

“Viene el arquero y me empieza a hablar, pero yo tranquilo coloqué el balón y en décimas de segundo decidí lo que iba a hacer. Le pegaría con el borde externo a la pelota”, explica Mardones. Patear en altura era más complejo y el Pato sabía que para anotar tenía que disparar así. En lo único que pensaba era que iba a convertir el empate y se sentía feliz por tener esa oportunidad. “Nunca pensé que lo iba a fallar. Sabía que el campeonato iba a ser nuestro”, rememora.

Entonces llegó el momento de ejecutar la falta. Comenzó una carrera corta y remató potente al centro con una ligera inclinación a su derecha. “¡Viene corriendo el Pato, gol, goooool, goooool azul azul azul azul azul. El Pato Mardones para el conjunto azul. Vaya alegría de la hinchada azul que quiere tocar el cielo con sus manos, que está tocando el cielo con las manos!”, narró Pepe Ormazábal desde el kiosco de lata, mientras le golpeaban las paredes y le gritaban de todo.

Tras convertir, el Pato corrió sin pensarlo en dirección de Tribuna Andes, extendió sus brazos, besó la camiseta y se abrazó con sus compañeros. El estadio fue una explosión desbordada, que se fundía en abrazos, llantos y gritos.

“Como yo me encontraba de espalda vi a todos corriendo hacia la reja para celebrar el gol. Fue un desahogo tremendo”, puntualiza el Depra. La misma sensación recorrió el cuerpo de Gabriel Villa. “Me volví loco en la galería, ya no existía ese saco de sal de 25 kilos, de 25 años, todo se diluyó allá arriba en El Salvador. En ese momento no importaba nada más, solamente gritar y estar ahí”, destaca. Para muchos de los hinchas que estuvieron presentes nada volvió a ser igual tras ese gol. “Ese es el día más feliz de mi vida, no ha existido una felicidad más grande que esa”, reflexiona Antúnez

El marcador quedó igualado 1-1, resultado que coronaba a los universitarios. Ahora lo único que los separaba del título era el tiempo. Aún quedaban doce minutos más el agregado que diera el juez. Solo tenían que aguantar.

### **Los diez minutos más largos de la historia**

El plantel sabía que no podían desperdiciar esta oportunidad. Debían demostrar firmeza y cerrar el juego con el 1-1. “Luego de ese gol venía lo más difícil. La gente comenzó a celebrar y nosotros nos mirábamos sabiendo que debíamos jugar lo más lejos posible del arco de Sergio”, declara Esteban Valencia, quien desde el banco vio los instantes finales del duelo.

Jorge Socías llamó a Víctor Hugo Castañeda y le dio solo una instrucción: “Se terminó, se terminó, hay que enfriar el partido”. Ante tal indicación el volante se mostró firme y se lo



hizo saber a Ariel Bravo, delantero argentino que ingresó en el cuadro local y con quien jugó en Palestino. “Ariel, la *conchetumadre*, la primera pelota que te acerques al área yo te voy a cortar por la mitad, somos amigos weón, pero yo te voy a cortar por la mitad, así que no vengas a *webear*”, le dijo al atacante rival.

Los instantes finales fueron de tensión absoluta. “Nosotros preguntamos cuánto faltaba y nos dijeron diez minutos. Se hicieron eternos, creo que fueron los más largos que he jugado en mi vida. Existía el temor de que nos hicieran el segundo gol, lo que significaría una catástrofe después de todo lo que luchamos”, concluye Sergio Vargas.

Nadie aguantaba ni un segundo más, lo único que querían era celebrar. “Solo pedía que por favor terminara luego. No quería nada más, no me importaba nada más”, pensaba Gabriel Villa. El reloj seguía corriendo y la U mantenía el dominio de la pelota. Los jugadores, cuerpo técnico e hinchada solo pensaban en que esto se acabara de una vez por todas.

### **Al acecho de la cancha**

El encuentro llegaba a su recta final y en las gradas se vivía un carnaval. Los fanáticos comenzaban a sentirse campeones, aquella gloria que persiguieron por años ahora estaba a punto de volverse realidad.

En medio de todo ese jolgorio planificaban la manera de entrar al campo cuando el árbitro hiciera sonar su silbato. Para muchos, esa cancha se transformaría en tierra santa y la debían pisar a como dé lugar.

“Mientras caminaba por la zona donde están las casetas vi que las rejas eran súper bajas, no tenían alambres de púas, era llegar y saltar” cuenta el R. Tras advertir esta posibilidad no dudó en contarle a varios de sus amigos por donde entrar de forma más sencilla.

Por otra parte, en el sector norte de El Cobre, el Depra veía a un amigo, superado por el nerviosismo, romper una reja. “De tanto agarrar y moverla se abrió y al darse cuenta del forado grande que hizo, se alejó”, recuerda. Desde allí presenciaron como los contingentes policiales resguardaban los accesos y se enfrentaban a quienes intentaban entrar.

### **No hay mal que dure cien años**

“¡Momento emocionante para el conjunto azul acá en el desierto. Después de 25 años estamos a punto de tocar el cielo, estamos a punto de dar la vuelta olímpica. Esta U que ha vivido momentos tan difíciles, esta U que incluso fue a Segunda División, esta U que se paró, que se

levantó de las cenizas para estar aquí parada... La U campeón, la U campeón, la U campeón, la U campeón, la U campeón!”. Así relató Pepe Ormazábal el final del encuentro. Un empate que significó mucho más que un punto, fue poner fin a décadas de frustraciones, fue la consecución de un título esquivo. La octava estrella era una realidad.

Apenas terminó, la cancha sufrió una invasión. El resguardo policial resultó insuficiente. “Fue un desahogo total y todos se querían llevar algún recuerdo. De hecho el micrófono con el que narré ese partido lo tengo guardado”, aclara el relator.

### **Un palo para Mora**

Carabineros no daba abasto y en su afán por detener a los invasores, comenzaron a lanzarles agua a través de grandes mangueras de incendio. La represión cada vez era más fuerte y descontrolada. Fue entonces cuando entre los potentes chorros que mojaban y empujaban a la gente, un jugador universitario salió herido. Se trataba del defensor Cristian Mora, quien corrió a increpar a los policías por su actuar en contra de la hinchada, pero terminó siendo confundido con los barristas y recibió un golpe en su cabeza por parte de un oficial. Molesto, y con su rostro lleno de sangre, caminaba acompañado por la prensa que le consultaba por el incidente.

“¿Qué pasó?”, le preguntaron.

“Un paco me pegó weón”, respondió.

“¿Y tú qué le hiciste?”.

“Le fui a sacar la manguera, porque le están tirando agua a Los de Abajo”.

Cristian Mora entendía el valor que tuvieron los seguidores azules en el título y por eso no dudó ningún segundo en defenderlos. Sin embargo, su accionar le costó caro, no solo le arrebató la posibilidad de festejar, también le quitó los recuerdos de todo lo que vivió después del golpe. “Estaba ensangrentado entero, después del palo te juro que no me acuerdo de nada”, explicó el defensa en el documental original de *CDF*: “Universidad de Chile CAMPEÓN 1994”.

### **El duelo del Choclo**

En medio de una caótica celebración, Rodrigo La Rivera caminaba buscando por donde entrar al campo. Lograr su cometido era fundamental para que ese día fuera perfecto. “Era una promesa, el día que fuéramos campeones, no importaba en qué estadio, yo tenía que entrar a la cancha”. Con esa idea grabada a fuego en su mente avanzó hasta el sector Andes, lugar donde

se encontraría con una grata sorpresa. “Frente a la línea divisoria, vi una reja cortada por donde podía pasarme”, comenta. Su único problema era que el acceso estaba custodiado por carabineros.

Esperó por ese momento durante años, acompañó a los azules en sus peores campañas, se hizo parte de Los de Abajo, alentó de la forma más incondicional posible, luchó por conseguir un transporte que lo trajera y cruzó el desierto a toda velocidad, por lo que nada ni nadie le impediría celebrar como siempre lo soñó. Paciente miraba fijo a los ojos del oficial, quien no le daba ni un centímetro para maniobrar. Así se mantuvieron por unos instantes hasta que llegó su oportunidad. “Hubo un weón que saltó la reja y el *paco* intentó agarrarlo. Aproveché que me dejó de mirar y crucé”, explica.

Una vez adentro, corrió desenfrenadamente hacia el círculo central, en ese lugar sintió una sensación de felicidad que lo llenó por completo y solo entonces se sintió realizado. “Me recosté y me puse a llorar. Nunca viví esa sensación, fue algo absolutamente nuevo”, declara. Ahí se encontró con varios amigos, entre ellos Cristopher Antúnez y siguieron celebrando.

### **Todo recuerdo sirve**

Los jugadores y el cuerpo técnico se confundían entre los fanáticos que querían compartir con ellos. Todos querían llevarse un recuerdo de aquel histórico día. “Al primero que vi fue al Polaco Golberg y le di las gracias. Adentro era una fiesta, estuvimos una o dos horas. Sacaron las mallas, trozos de pasto, la cal del punto penal, las camillas y los números de los cambios. Ya no quedaba nada más, así que junto a otro loco nos llevamos un cartel publicitario de Entel 123”, comenta el Depra. Todo servía como vestigio de una jornada inolvidable.

Por otra parte, el plantel buscaba la manera de reunirse y levantar la copa, pero era imposible. Musrri, en andas, alzaba el trofeo mientras algunos jugadores se marchaban al camarín.

“Yo no debo haber estado más de cinco minutos en la cancha. Me fui a los vestuarios y ahí me senté a disfrutar con algunos compañeros; con Moisés, que era el utilero y Jorge Pastene, que era el paramédico. Cuando llegaron los demás, lo celebramos con mucha alegría todos juntos”, rememora el Pato Mardones.

La fiesta seguía en El Cobre, y parecía que no iba a terminar. “Fue liberador, una sensación indescriptible. Ese era mi espacio, mi lugar, quería que me dejaran tranquilo. Con eso ya me podía morir en paz”, recuerda Gabriel Villa lo que significó ese logro.

## **La celebración del Superman**

La fanaticada universitaria corría frenética en busca de sus ídolos para compartir con ellos. El Superman se abrazaba con algunos de sus compañeros y al ver tanto alboroto decidió irse tranquilo a los camarines. “Terminó el partido y empezaron a entrar por todos lados. Con Rogelio Delgado nos fuimos al camarín, creo que nadie se dio cuenta.”, comenta.

Dentro del vestuario se encontró con Moisés Vennekool, utilero del club, quien desde una pequeña ventana miraba el caótico festejo. Allí Sergio se unió a Moisés y se conmovió por la enorme celebración. “Yo me asomo por ahí y me quedé unos cinco minutos mirando, hasta que dije: ‘No me puedo perder esta fiesta’ y volví a la cancha para estar con los demás compañeros”, destaca. Al regresar, lo levantaron y llevaron en andas, mientras intentaba hablar con la prensa. “La alegría era inmensa, indescriptible, una felicidad única y que jamás voy a olvidar”, rememora emocionado.

## **Camiseta hecha pedazos**

Esteban “Huevito” Valencia fue uno de los últimos en abandonar el campo, pero antes de hacerlo fue interceptado sorpresivamente. “A lo lejos venía caminando el Huevito con su polera intacta. En ese momento lo agarraron unos diez hinchas y se la sacaron. Entre todos la tiraban para quedarse con ella”, sostiene Gabriel Villa, quien se encontraba celebrando cerca de dónde ocurrió. El contexto permitía esas demostraciones de fanatismo y así lo entendió el mismo Valencia: “A mí me quitaron los zapatos, las medias, el short y la polera. Me acuerdo que la camiseta se rompió entre tanto tironeo. No me molestó porque entendí que eso era propio de la efervescencia del hincha”.

Cuando se les pide a los futbolistas entregarse al máximo, que jueguen bien, sientan los colores y lo dejen todo, es en referencia a su nivel futbolístico. Sin embargo, ese día un grupo de jugadores literalmente dio todo, ya que además del título, entregaron lo que llevaban puesto, como la camiseta del Huevito, que quedó hecha pedazos.

## **En los camarines**

En medio de la desparramada ceremonia que se produjo en la cancha, después de terminar una vuelta olímpica realizada por jugadores y fanáticos, el plantel azul se refugió en los camarines. “Fue una premiación muy desordenada, poco preparada. Se hizo con todos los hinchas que

habían invadido el campo de juego. Aunque fue desprolija, a nosotros nos daba lo mismo, solo nos interesaba que nos entregaran las medallas y la copa”, puntualiza Esteban Valencia.

En los vestuarios dieron rienda suelta a un momento más íntimo, marcado por la unión del grupo humano. “Ahí tuvimos nuestro tiempo. Fue un espacio de mucho abrazo, alegría, satisfacción y desahogo, en el que reafirmamos lo que cada uno de nosotros hizo para lograr ese campeonato”, añade también el Huevito.

La emotividad llenaba el lugar y como si de los barristas más entusiastas se tratara los jugadores saltaban y cantaban sin parar. ¡Dale campeón, dale campeón, dale campeón! Marcelo Salas, el gran goleador del equipo, sostenía el trofeo mientras otros compañeros le vertían champagne. “Fue una fiesta y locura total. Era casi imposible moverse o meterse a la ducha”, declara Víctor Hugo Castañeda.

Si bien los ánimos daban para continuar con la celebración por horas, todo fue muy rápido, ya que la delegación azul debía regresar a la capital y un vuelo los esperaba.

### **Como hinchas con la copa**

Acabados los festejos en el camarín, el plantel se dirigió al bus que los dejaría en el avión de regreso a Santiago. Un cordón de carabineros custodiaba la salida desde la zona de camarines para evitar que la enorme ola de fanáticos se acercara. Una vez arriba, abrieron las ventanas y exhibieron el trofeo a la multitud. “Nos mostraban la copa, saltaban, empezaron a cantar los cánticos que nosotros les dedicamos. Fue espectacular, había un fiato muy grande. Nos sentimos pagados por todo el esfuerzo que hicimos por años”, reflexiona el R lo sucedido antes de que partieran rumbo al aeropuerto.

### **El doping**

Hay una particularidad en El Salvador y es que los vuelos no pueden hacerse cuando se pone el sol, debido a la escasa iluminación. La delegación azul estaba a pocos minutos de marcharse, pero un problema los amenazaba. El Pato Mardones y Raúl Aredes fueron avisados de que les tocaba realizarse el doping. El reloj apremiaba. “Oscurecía y no podíamos orinar. Nos avisan que los aviones no volaban de noche por lo que si no partíamos rápido, el coordinador nos iba a reservar pieza en un hotel y volaríamos el día siguiente a Santiago”, recuerda Mardones.

El resto de compañeros los esperaban en el aeropuerto sin saber muy bien qué ocurría. “Le tocó el doping al Pato y a Aredes. Nos preocupamos porque no aparecían y ya teníamos

que irnos. En el aeropuerto, eran tantas las personas que no te dejaban subir la escala, un caos total”, explica Víctor Hugo Castañeda.

Por suerte pudieron dar la prueba a tiempo y carabineros los llevó hasta el aeropuerto. “Llegamos al avión y no daba abasto, era muy difícil sentarse. Algunos iban parados y otros saltando. Fue una locura”, concluye el autor del gol que valió el título. Entremedio de agitados tripulantes, los miembros del equipo no se imaginaban lo que vendría. Un recibimiento muy especial les aguardaba.

### **“Salta en el avión”**

El júbilo desatado en el ambiente se trasladó hasta uno de los vuelos chárter que salieron ese mismo domingo de regreso a la capital. Uno de sus pasajeros era Federico Valdés, quien tenía que volver con urgencia a Santiago. Al abordar se percató de que varias personas subieron a pesar de no tener pasajes y se escondieron en los baños. La tripulación era en principio de 119 pasajeros, número que se elevó por esos infiltrados.

En medio de personalidades de la política y el espectáculo, se desató una fiesta. “Estaba lleno de trago, brindábamos y en lugar de cantar salto en el tablón, todos decíamos salto en el avión”, sostiene Valdés. La felicidad era tremenda y nadie quedaba ajeno a los festejos, ni siquiera uno de los máximos ídolos de Colo Colo, Carlos Caszely. El ex delantero, que fue a cubrir la definición para una radioemisora, era un tripulante más y a su vez objeto de las bromas. “Te vas a tomar una foto con mi gorro de la U de todas maneras, estás claro que no tienes alternativa”, le dijo Valdés.

“Por supuesto”, contestó Caszely.

Entonces, con el gorro ya puesto, tomaron una bandera e inmortalizaron el momento en una fotografía. Ese día todo se tiñó de azul y nadie se podía escapar.

### **Relato en el cielo**

En paralelo, otro avión partía hacia Santiago. En él iba Pepe Ormazábal, sentado en la parte de atrás. El relator viajaba junto a prensa, dirigentes e hinchas en un chárter donde el desorden fue el gran protagonista. Durante el viaje los pasajeros iban de pie, algunos cantaban y otros incluso saltaban.

Entre todo el caos que había, se escuchó hablar al capitán del avión por medio del altavoz, pedirle a Pepe que se acercara a la cabina. El piloto lo sorprendió al confesarle que era

fanático de la U, pero no pudo escuchar el partido por estar trabajando. “Quería saber si acaso yo podía volver a relatar el gol”, aclara Pepe. Impulsado por la alegría del contexto, no lo pensó dos veces, se acercó al micrófono y comenzó la narración: “¡El Pato Mardones, rumbo a la mejor historia. Yo no lo voy a mirar, es que no lo voy a mirar. Qué penal para la U... Viene corriendo el Pato... Gooooool. Azul, azul, azul, azul azul! Terminado el relato, el capitán, agradecido por el gesto, le dio un presente. “Me regaló dos botellas de champagne, que no duraron nada, porque apenas salí de la cabina se perdieron entre todos los que iban en el vuelo”. De esa manera, vitoreado por el resto de tripulantes, Ormazábal volvió a su lugar.

### **Regreso eterno**

Los que viajaron vía terrestre tuvieron un regreso largo y tramitado. Eran miles de personas abandonado el campamento minero y las calles no daban abasto. La salida fue demorosa debido al lento tránsito hasta la carretera.

Por medio de la radio, se enteraron del recibimiento que le dieron al plantel en su llegada a la capital. “Escuchamos que en la Plaza Italia quedó la *cagá* con la gente. Todos en Santiago festejaban vueltos locos”, puntualiza Gabriel Villa.

Finalmente, Villa y los demás, pudieron regresar a Santiago luego de un viaje que pareció una eternidad. “Nos demoramos como dos días, aunque fue cansador valió la pena. Nos *cagamos* de sed en el desierto, no íbamos bien equipados pero no nos importaba nada”, comenta.

### **“We are the champions”**

El Choclo y su comitiva se dirigieron al bus que los llevaría a Santiago. Nadie sospechaba que en la liebre con turbo los esperaba nada más ni nada menos que la banda Queen.

Arriba, con todos los asientos llenos, Rodrigo contabilizaba a sus compañeros, cerciorándose de que no dejaba a nadie atrás. En ese momento el chofer se dirigió a él y le dijo que les tenía preparada una sorpresa. “Yo pensaba que este weón nos iba a dar una botella de champagne o una caja de vino, pero va y saca un cassette”, recuerda La Rivera. Tras esto lo colocó en el reproductor de audio, apretó el play y comenzó a escucharse la voz de Freddie Mercury entonando “We are the Champions”.

De inmediato, todo el grupo empezó a cantar el himno a la victoria creado por la banda inglesa en 1977. Tras esto el conductor miró al Choclo y le dijo que siempre tuvo fe. Mientras entonaban el clásico de Queen, emprendieron el viaje de regreso a su hogar.

### **Caos en la capital**

El Aeropuerto Arturo Merino Benítez era un caos. La U arribó alrededor de las 21.00 horas a Santiago con el trofeo entre sus manos. Aquellos que por distintos motivos no pudieron estar presentes en El Salvador, los recibieron en Pudahuel entre vítores, banderas y cánticos, parecía una extensión de El Cobre. “La recepción en Santiago fue maravillosa, yo creo que ha sido lo más grande que me ha tocado vivir en el fútbol”, concluye Mardones.

Una vez subidos en el bus, los jugadores tomaron consciencia de todo lo que se había generado. “Los hinchas nos hicieron una caravana hasta la Plaza Italia. Nos seguían y saludaban por ambos costados, fue grandioso”, agrega el volante. El recorrido fue lento y recién a las 23.00 horas llegaron a su destino. El Superman Vargas comenta que lo vivido ese día es incomparable: “El fervor, la alegría y como todo el mundo salió a las calles a celebrar, no lo volví a ver nunca más. Creo que fue algo puntual muy especial y que va a quedar para siempre en la historia”.

### **Directo al trabajo**

Al día siguiente comenzaron a aparecer los primeros buses de vuelta a Santiago. Todos los que salieron desde Campo de Deportes 565 volvieron a la misma sede. El R llegó a las 7.30 de la mañana, bajó rápido del Pullman, se despidió de sus amigos y se fue corriendo. Tenía una obligación que cumplir. “Viajamos toda la noche, y me fui directo a la pega”, recuerda.

En esa época trabajaba en la empresa de ollas Fantuzzi. Allí todos sabían que era fanático de la U, es más, sus jefes compartían la misma pasión. Por ese motivo siempre contó con su respaldo para seguir al equipo. En su trabajo se encontró con uno de los gerentes de la compañía y empezaron a conversar.

“¡Ganamos, somos campeones! ¿Acaso fuiste a El Salvador?”, le preguntó su jefe.

“Obvio, de allá vengo”, le respondió el R.

“Ándate a la casa a descansar, tomate el día”, le dijo sonriendo.

Rodrigo lo miró feliz, le dio las gracias y se fue, pero no a descansar. Sabía que la fiesta debía continuar.



## **El fin de una maldición**

“Si eres de la U se sufre”, menciona con propiedad el R, quien como tantos otros, había pasado toda su vida sin ver a su equipo levantar el título de Primera División y nunca se pudo explicar la razón de su lealtad. “Es un bichito que se te mete en las venas y *cagaste*, ya no se puede sacar”, declara. Rodrigo Lucero es parte de toda una generación de azules que se apegaron a un sentimiento incondicional, sin pretender una recompensa. Sin embargo, esta llegaría el 18 de diciembre de 1994.

El Choclo reflexiona sobre la importancia de la barra en aquella histórica campaña: “La copa también es mía, yo la siento mía y de todos los que estuvimos ahí. Entre todos empujamos la pelota en el penal de Mardones y fuimos parte de las atajadas de Vargas. Esa sensación es la que me da el campeonato del 94', por todo lo que vivimos, todas las humillaciones y todas las burlas”. Para él y muchos otros hinchas ese torneo significó un antes y un después. Además, le permitió darle sentido a su razón de ser como fanático.

La espera se terminó, se rompió la maldición y cambió la historia. Esos 25 años sin celebraciones llegaron a su fin en el estadio más recóndito del país. En medio del desierto se borraron las huellas de un club sin rumbo y renació una nueva U, la que se cimentó sobre la voluntad de quienes la apoyaron en sus peores momentos. Ante Cobresal lograron sonreír nuevamente al coronarse campeones del fútbol chileno.

De esa forma culminaba un proceso lento, marcado por los cambios institucionales, la maduración de un plantel que desarrolló un gen ganador y la masividad de una hinchada que crecía a pasos agigantados. Se cerraba con broche de oro una de las etapas más difíciles para el pueblo azul, dando paso a un prometedor futuro. Los Leones tenían hambre y querían rugir más allá de sus fronteras. Solo el tiempo les iba a permitir saciar su apetito.

### CAPÍTULO 3: CON TODO EN CONTRA

“¡Nooo, *conchetumadre*, ladrón de mierda!”. Así gritaban los hinchas azules presentes en el Estadio Monumental de River Plate la noche del 12 de junio de 1996. Toda su rabia iba dirigida al árbitro ecuatoriano Alfredo Rodas, quien con una polémica decisión estaba alejando a Universidad de Chile de su gran objetivo: la final de la Copa Libertadores.

En la década del 90 la U tuvo un ascenso vertiginoso que lo catapultó desde la Segunda División hasta un bicampeonato. Las tristezas de años pasados ahora eran las alegrías de una institución que se acostumbraba a ganar, a jugar bien y a imponerse en cualquier escenario. El siguiente paso era consagrarse fuera del país. Esta meta se acercó más que nunca en 1996. Bajo el halo de una nueva etapa, liderada por el técnico Miguel Ángel Russo, la U volvería a jugar las semifinales de un torneo continental. El rival sería el histórico River Plate de Argentina en una definición que se percibía como una final anticipada.

Todos querían atestiguar la historia en el estadio argentino, pero el fútbol terminaría pasando a segundo plano. El juego de grandes figuras como Marcelo Salas, Leonardo Rodríguez, Enzo Francescoli o Hernán Crespo quedó a un lado pues el protagonismo recayó en el juez Alfredo Rodas y en una serie de incidentes que se desarrollaron al término del partido. Lo que parecía ser una jornada espectacular se transformó en una mancha que nunca se borraría de la mente de los bullangueros.

Se dice que para ser de la U hay que saber sufrir y lo que sucedió ese día en Buenos Aires ratificó esa idea, poniendo a prueba el sentimiento de incondicionalidad que tanto los caracteriza.

#### **Un nuevo proceso**

Tras el título conseguido en 1994, los azules repetirían el éxito en 1995. Dos años en los cuales el equipo dirigido por Jorge Socías se posicionaba como el mejor del país. Ahora los ojos se instalaban en la competición internacional más importante del continente, la Copa Libertadores.

El plantel sufrió algunos cambios durante esta etapa, como la salida de Rogelio Delgado. En su reemplazo llegaría el argentino Cristian Traverso, quien se transformaría en un puntal defensivo. La maduración futbolística de Salas, Valencia, Musri, el entendimiento y cohesión que ganaron luego de este periodo jugando juntos, sumado a la experiencia de haber disputado la edición copera del año anterior, auguraba buenas sensaciones de cara a los próximos desafíos.

Hay quienes piensan que la vida o la historia es cíclica. Otras creen más en las casualidades. Sea lo que sea, un punto de inflexión nuevamente instalaría la incertidumbre al interior del club. Este hito comparte un factor común con el anterior. ¿Se acuerdan que tras un comienzo alentador, Arturo Salah dejó la U y firmó por Monterrey de México? Aquello desestabilizó a los laicos en ese torneo. En este caso todo parecía ir en la dirección correcta, sin embargo, una discusión entre Socías y la dirigencia por la llegada de un jugador sin su autorización provocó que el técnico dejara su puesto.

El elegido para reemplazarlo fue el trasandino Miguel Ángel Russo, quien llegó luego de haber entrenado a Lanús y Estudiantes de La Plata. Este escenario no contentó a los jugadores, como complementa Víctor Hugo Castañeda: “No lo conocíamos y había un grado de reticencia porque venía a reemplazar al tipo que nos sacó bicampeones”.

Con el tiempo el argentino se ganó la confianza del plantel gracias a su buen manejo y flexibilidad. Él sabía que se enfrentaba a un grupo ya formado, con experiencia y ganador, lo que facilitó su recepción. “Nos dejó hacer muchas cosas, de hecho repetíamos mucho, en tono de broma, un dicho suyo: ‘Manéjalo vos’. Cuando uno le pedía un permiso u ocurría alguna situación él siempre nos decía eso”, destaca Castañeda.

## **Aventura continental**

El desafío internacional comenzaría días antes del arranque del Campeonato Nacional, el 13 de marzo de 1996. El sorteo los ubicaría junto a los equipos brasileros: Corinthians y Botafogo, además del otro representante chileno, la Universidad Católica. Una fase que pasarían con relativa tranquilidad al clasificarse segundos.

De esa forma la U avanzaba a los octavos de final, ronda en la que se enfrentaría a Defensor Sporting, de Uruguay. Una llave muy complicada que se definiría por penales en favor de los universitarios. En la instancia de cuartos de final, el rival sería Barcelona de Guayaquil. Con un marcador global de 3-1 dejarían en el camino a los ecuatorianos, alcanzando la ronda de los cuatro mejores de América. El próximo desafío sería el poderoso River Plate.

La primera parte de esa llave eliminatoria se iba a jugar en Chile el miércoles 5 de junio. El cuadro argentino arribaba a Santiago con un plantel lleno de figuras: Matías Almeyda, Marcelo Gallardo, Ariel “Burrito” Ortega, Hernán Crespo, Germán “Mono” Burgos y Enzo Francescoli.

La cita fue en un Estadio Nacional repleto que miraba con preocupación como la visita abría la cuenta. Sin embargo, los abrazos vendrían inmediatamente con el gol del empate de

Esteban Valencia. Entrados en el segundo tiempo y a falta de poco más de veinte minutos el Matador Salas desató la alegría del pueblo azul al convertir el 2-1. De esa forma lograban dar vuelta el resultado, pero aún no estaba todo dicho. En el minuto 79, Juan Pablo Sorín establecería el 2-2 definitivo, generando desazón en los fanáticos.

“El resultado no era bueno para la U. Siempre pensé que el empate acá en Santiago iba a tener un costo. Uno sabe que en la Copa, si vas con una ventaja a enfrentar a un argentino o brasilero, tienes más opción”, comenta el relator Pepe Ormazábal. Pese al golpe que significó la igualdad, los jugadores y el cuerpo técnico confiaban en revertir la situación y eligieron creer ante un escenario que se presentaba adverso.

### **Las primeras heridas**

El eco del primer enfrentamiento no solo remeció el recinto ñuñoino, también dejó graves consecuencias. En las gradas se jugó otro partido y el choque entre las barras argentinas y chilenas terminó con una pelea, un puñal y sangre derramada.

La tradición del barrismo trasandino tuvo gran influencia en Chile. Las canciones, el ritmo con el que las cantaban, la manera de organizarse y realizar muestras de apoyo impactaron en el país. En medio de esta expansión, se instaló una competencia por ser la mejor hinchada. Cada viaje a un territorio rival era una oportunidad para demostrarlo, lo que generaba mucha violencia y esta vez no sería la excepción.

En las cercanías del Estadio Nacional, en un paradero de micros ubicado en avenida Grecia, un solitario seguidor de la U, apodado Satur, esperaba tranquilamente. No sospechaba el problema al que se enfrentaría. Aguardaba por un transporte cuando vio que un grupo de 50 hinchas de River se dirigía hacia él. De inmediato intentó correr pero era muy tarde. Lo golpearon y después lo apuñalaron. Por suerte, lo pudieron tratar en el hospital y salió al poco tiempo. El orgullo de toda la hinchada fue lastimado y la rabia se transformó en una motivación extra de cara al duelo de vuelta. “Había toda una bronca contra las gallinas, ese ataque hizo que mucha más gente se sumara y quisiera viajar”, destaca Rodrigo La Rivera alias el Choclo.

La espina de lo que pudo ser un triunfo en casa se clavó hondo en el espíritu de la fanaticada. Todos sabían la dificultad que traería el choque en el Monumental, sin embargo, las ganas de hacer historia eran superiores a cualquier estadística. Además, los conflictos que tuvieron en la capital les dio otra razón de lucha. Ya no solo tenían ansias de revancha o hambre de victoria, sentían sed de venganza y arruinar la fiesta a River en su casa era el objetivo.

## **En búsqueda de la revancha**

Había que dejar atrás el remezón que significó el empate. En el equipo se respiraba un ambiente de confianza de cara al compromiso en Argentina y de esa forma se mentalizaron los días previos. El domingo 9 entrenaron a las 10.30 horas en el Caracol Azul para luego viajar rumbo a Buenos Aires a las 21.05 horas en el vuelo LAN Chile 123. El hotel donde se concentraría el plantel fue El Conquistador, ubicado en Suipacha 948.

## **Operación “Monumental”**

No hubo tiempo de lamento ni para masticar un empate que supo a derrota. Los días siguientes, Los de Abajo comenzaron a organizar un viaje que no sería sencillo. La tensión y el precedente de la pelea con algunos hinchas de River en Santiago, después del empate, prometía un panorama hostil al otro lado de la cordillera, sin embargo eso no los amilanaba, iban dispuestos a todo.

El punto de congregación fue la sede del club en Campo de Deportes 565. Un sinfín de cosas por gestionar: entradas, pasajes, cuántos bombos llevarían, cuántas cuncunas, y así con el resto del aparataje propio de una hinchada. La fecha de partida se aproximaba y tenían que estar listos. “Salimos el martes desde la sede. Me acuerdo que nos juntamos a las 8.00 de la mañana y a las 10.00 ya estábamos partiendo”, recuerda el Choclo.

## **Sin garantías**

Juan Pablo Meneses es un periodista, escritor y cronista chileno que ha dedicado gran parte de su carrera a viajar y contar historias. Fue a través de este oficio en el que encontró su verdadera profesión. Una que siempre sintió cerca, pero a la que tardó en llegar. El impulso que necesitaba para despejar sus dudas lo obtuvo precisamente en uno de sus viajes. Uno marcado por la pasión del fútbol y en especial por su fanatismo hacia Universidad de Chile.

Dio sus primeros pasos como periodista en 1996, a los 27 años, trabajando de colaborador en La Zona de Contacto, suplemento de *El Mercurio*. Ahí publicaba relatos y se acercaba a la comunicación gracias a la escritura. No obstante, por esos días lo que más lo motivaba era la U. “Yo vivía un proceso muy raro, hacía mis primeras armas en el periodismo, pero por sobre todo era hincha azul, no me perdía ni un partido”, recuerda.

En paralelo a su crecimiento profesional, el equipo de sus amores pasaba por uno de sus mejores momentos deportivos. El cuadro universitario ahora debía viajar a Buenos Aires y para Juan Pablo era fundamental ir a ese encuentro, su único problema era el alto costo económico que eso conllevaba. “Mi prioridad era ir, el problema era que no tenía ni un peso. Entonces hablé con el fotógrafo Javier Godoy, se nos ocurrió contar la historia de viajar con Los de Abajo y se la ofrecimos al diario”, puntualiza. A pesar de su insistencia, sus jefes no estaban seguros de aceptar la propuesta. Solo tras un largo tira y afloja consiguieron llegar a un acuerdo. “Nos dijeron que fuéramos y que solo nos iban a pagar en el caso que lo publicaran”, explica. De esta manera, sin ninguna garantía de que asistir a la cita le traería algún beneficio monetario, visibilidad laboral, o al menos la alegría de la victoria, decidió partir rumbo a la aventura con la barra.

A pesar de que escribir esa historia era una excusa para ver jugar a la U, más que un objetivo de trabajo, terminó significando un antes y un después en su forma de vida. Meneses no se imaginaba lo que encontraría en su camino al Estadio Monumental, pero la decisión estaba tomada y tendría que lidiar con las consecuencias.

### **Un sorpresa explosiva**

En la comitiva que partió desde Campo de Deportes se encontraba Meneses junto a Godoy, ambos sentían la emoción propia del hincha que acompaña a su equipo, y también la responsabilidad del profesional que debe cumplir con su trabajo. Dentro del grupo se mezclaban sin problemas, nadie sospechaba que iban encubiertos. Si bien desde un principio pensaban que viajar con Los de Abajo significaría un recorrido lleno de emociones, todo lo que les tocó pasar superó con creces sus expectativas.

Dentro del bus los acompañaban 40 personas, liderados por un barrista jefe, quien organizaba a sus compañeros y se comunicaba con el resto del convoy. Como en los salones de clases, el grupo ubicado en los primeros asientos era más ordenado, en cambio los que estaban al fondo destacaban por el desorden constante. Juan Pablo y su colega se sentaron cerca de la parte trasera del vehículo y rápidamente se vieron envueltos en una fiesta total. Las botellas de pisco y los *pitos* iban de un lado a otro, la dinámica parecía normal dentro del contexto en que se encontraban, pero de un segundo a otro todo cambió. “Apareció una granada y ahí nos empezamos a preocupar, un viaje centrado en el fútbol tomó un rumbo diferente”, detalla el cronista. Efectivamente, en las manos de un bullanguero común y corriente había un arma, una bomba que podía explotar en cualquier momento. El artefacto lo consiguió un hincha que

durante su servicio militar la robó. Pese al riesgo que significaba transportarla, la situación se tomaba con cierta normalidad y se la iban pasando entre varios camaradas mientras decían: “Yo la sé usar”. Frente a esta escena el dúo se sentía cada vez más extraño y sus nervios no dejaban de aumentar.

Luego de la sorpresa inicial, la misión era esconder aquella munición. Fue entonces que un fanático, apodado Polaco, envolvió el arma en un gorro de la U y tras abrir el compartimento de la luz en el techo de los asientos 31 y 32 con su cortapluma, la ocultó. Debido a esto su presencia se fue olvidando y continuó la fiesta desenfrenada entre los hinchas. Sin embargo, para Meneses era inevitable volver a pensar en la particular carga que llevaban consigo. La angustia de saber que fácilmente se podría generar una catástrofe no le permitía bajar la guardia. “Íbamos a la guerra, a morir por el club”, reflexiona sobre la narrativa que rodeaba aquella travesía.

### **El whiskey del Peco**

Dentro de los buses la ilusión, el deseo y el optimismo se apoderaban del ambiente. Tomaron la carretera Panamericana hasta el Paso Los Libertadores. Hecho ese tramo, mostraron sus documentos y pasaron el control. Todo cambiaría una vez que cruzaron la frontera, el trato presumiblemente esperado por parte de la policía se constató de inmediato. “Desde que llegamos a la aduana, no paraban de cantar el himno de Chile y cosas contra los argentinos. De hecho ahí nos advirtieron que nadie podía cantar el himno de otro país”, recuerda Juan Pablo Meneses ese primer contacto con los gendarmes. Sin distinción alguna los revisaban de manera muy poco amigable. Por supuesto que encontraron alcohol y algunos implementos de defensa personal.

En uno de los buses iba el Peco, quien llevaba un whiskey marca Jack Daniel’s sellado. “No podés pasar con eso”, le dijo un gendarme. En ese momento el Peco entró en una discusión con los oficiales porque no estaba dispuesto a dejar su tesoro allí. “Los empezó a putear y a decirles que no se lo podían quitar”, puntualiza el Choclo las palabras de su amigo. Tras varios minutos, la discusión tuvo un giro:

“¿Querís que te lo deje, conchatumadre?... Toma”.

Acto seguido, soltó la botella y la dejó caer. Se reventó contra el piso. “Ahora arrodíllate y tómatelo si eso es lo que *queríai*”, dijo con tono amenazante. La tensión era evidente y luego de algunos intercambios de palabras, los dejaron continuar su camino.

En esa caravana también viajaba Gabriel Villa, junto a un grupo de la comuna de Independencia en el que estaba Kramer, uno de los líderes de Los de Abajo. Si bien ellos no tuvieron que perder una botella, sí vieron retrasado su viaje por varias horas. “Les tienen que haber avisado que ese bus era complicado. En gendarmería estuvimos parados como diez horas, lo que ya nos atrasaba caleta la llegada a Buenos Aires”, explica.

El primer obstáculo había sido superado, aunque ese encuentro con la policía argentina no sería el último, ni mucho menos el más violento.

## **Bienvenidos a La Boca**

Se acercaba el partido y de a poco la barra de la U se adentraba en las tierras trasandinas. La expectativa era alta y alcanzar la gloria de la final por primera vez era el objetivo. A diferencia de otras ocasiones ahora eran minoría y estar en un país extranjero los volvía un blanco fácil. Pese a ello no se desanimaban: defender sus colores era un orgullo y no iban a ocultar su pasión ante ninguna presión local.

Su ruta los llevó hasta un parque de Mendoza en el que planeaban estirar las piernas, pero apenas se bajaron, las autoridades los obligaron a regresar a sus vehículos y marcharse. Ya en Luján a eso de las 7.00 de la mañana, se detuvieron por algo más de una hora. Comieron y recuperaron energía, la que sin duda necesitarían para lo que les esperaba más adelante. Tras retomar su camino se dirigieron directo a la capital y alrededor de las 13.00 horas se estacionaron en las afueras del Estadio Monumental ubicado en Núñez. Ahora solo les quedaba esperar por el encuentro. Entonces apareció la policía, les dijo que no podían estar allí y los llevaron a La Boca.

La Boca es un barrio ubicado en la Comuna 4 de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, cuyo nombre se debe a que se encuentra en la desembocadura del Riachuelo en el Río de la Plata. Es conocido por arraigar una gran tradición futbolística y ser uno de los sectores más turísticos del país. Ahí se encuentra La Bombonera, el mítico recinto del Club Atlético Boca Juniors, uno de los equipos más importantes de América y rival histórico de River Plate.

Fueron hasta ese lugar, amparados bajo aquella frase que dice que “el enemigo de mi enemigo es mi amigo”, o eso creían. “Algunos barristas decían que allí nos iban a *prestar ropa*”, rememora Juan Pablo Meneses. Sin embargo, el tiempo les demostraría que no contarían con aliados. Después de recorrer Caminito, pasaje que funciona como museo, entraron a La Bombonera. Rodrigo La Rivera caminaba por las instalaciones cuando se cruzó con dos miembros de La 12, la barra de Boca Juniors y comenzaron a hablar:



“Si ustedes vienen a buscar apoyo nosotros no se lo vamos a dar”, le dijeron.

“Yo no te estoy pidiendo apoyo, vine a conocer nomás”, le respondió.

Tras el directo cruce de palabras siguieron conversando sin problemas, ya que no tenían razones para pelear. Al menos no todavía.

### **Corre por tu vida**

El Choclo estaba conociendo los túneles que van hasta los camarines cuando empezó a escuchar a sus compañeros que, mediante gritos, le decían que corriera. Tras estos avisos se aproximó lo más rápido que pudo a la salida del estadio. Aunque en ese momento no lo sabía, algunos azules habían rayado unos murales, lo que desató la furia de la hinchada boatera. Al salir se encontró con un panorama de guerra: los atacaban de todas partes. Piedras iban y venían, mientras ellos corrían por las calles intentando regresar a sus buses.

En medio del caos, los locales comerciales cerraron sus puertas y alguno que otro vecino se unió a la batalla contra los visitantes. A diferencia de otros enfrentamientos, ahora Los de Abajo estaban en absoluta desventaja y no se podían dar el lujo de pelear, su única opción era la retirada. La sangre decoraba la cara de varios seguidores, quienes además de los pedrazos, ahora también debían esquivar balas.

Tras una persecución que estuvo al borde de pasar a un conflicto mayor, el escape por fin se detuvo cuando chocaron con varios uniformados. Las autoridades finalizaron la pelea y entre empujones enviaron a los visitantes de regreso a sus transportes.

A diferencia de aquellos que se enfrascaron en la lucha, Juan Pablo lo vivió desde fuera, ya que junto a Javier, minutos antes, habían ido a comer una pizza. Ya instalados en el bus, pudo ver como el resto de pasajeros ingresaban heridos por la batalla. “Era muy violento todo. Muchos volvieron ensangrentados”, argumenta el periodista.

Finalmente, en medio de una lluvia de piedras y cualquier cosa que la gente en los edificios aledaños les pudieran lanzar, los hinchas se despidieron del barrio.

### **Caravana infernal**

Los fanáticos de la U no eran bien recibidos en ninguna parte. La posible hermandad con los de Boca había fracasado. Se debían enfrentar a una inmensidad bonaerense que no dudó en hacerles sentir la distancia y desaprobación. “Nos miraban y nos insultaban, desde los autos y la calle. El ambiente ya venía mal desde Chile”, comenta Juan Pablo Meneses.

La policía, sí la misma con la que desde un principio tuvieron problemas, los escoltaba hasta un parque en Núñez. Allí iban a esperar por más de una hora al resto de camaradas que venían atrasados. Una vez reunidos se dirigieron rumbo al estadio, dando inicio a una travesía que no sería sencilla. “Íbamos en caravana y a los costados de la calle estaba lleno de gente de River que nos decían cosas y nosotros a ellos. Tuvimos que cerrar las ventanas y las cortinas”, recuerda La Rivera.

“En el camino nos apedrearon. Los oficiales nos acompañaron pero dos o tres cuadras antes de llegar al Monumental nos dejaron solos y quedamos dentro de un mar humano”, agrega Meneses.

Proyectiles de todo tipo amenazaban la integridad de los barristas azules, y por supuesto que también la caravana de Chilebus que los transportaba. Les arrojaban piedras y botellas, que rompieron más de un vidrio, y más piedras, y más botellas, escupos e insultos. Se tuvieron que esconder en sus asientos, otros se tiraron al piso. Escuchaban como se rompían las ventanas y veían los trozos de vidrio caer al suelo mientras se protegían la cabeza con las manos. La violencia ya se había desatado y aún no empezaba el partido.

### **Solo faltan detalles**

A las puertas del estadio se reunieron los hinchas de la U. El punto cúlmine aparecía frente a ellos, unas escaleras que los llevarían a una de las bandejas del sector Almirante Brown. La tarea estaba hecha, el esfuerzo había dado frutos y ninguna de las amenazas que enfrentaron los pudo detener. Eran un grupo resiliente que no temía luchar contra la adversidad y que nunca ponderaba la idea de dar un paso atrás. Ese viaje tenía un relato claro: dar la vida por el equipo, como si de una guerra se tratase. Al igual que los jugadores, ellos también se arengaban, se acomodaban las camisetas y el pelo. Sabían que eran protagonistas y venían a dar un espectáculo.

El plantel, que ya se encontraba en el camarín, aguardaba impaciente el esperado choque. En medio de ese cúmulo de sensaciones, un preocupado Russo no paraba de buscar algo. El técnico argentino tenía muchas cábalas y una de ellas era que siempre debía haber música. No obstante, el encargado de llevar la radio se olvidó del cable. Al no poder prenderla, el pesimismo se apoderó de Russo por un momento. Estaba furioso.

## Comienzo del fin

Llegó el momento, ese que tanto esperaron. El escenario sería el mismo lugar donde se disputó la final de la Copa del Mundo en 1978, cuando la Albiceleste levantó el trofeo por primera vez y la final de la Copa América de 1987, que La Roja perdió ante Uruguay por la cuenta mínima. El mismo sitio donde se gestó la gloria argentina y también la amargura chilena, albergaría un choque que podría continuar o romper la historia.

La barra de la U quedó a merced de toda la fanaticada local, quienes desde lo alto les arrojaban de todo mientras se repartían insultos. Las 80.000 personas que llegaron al recinto explotaron en un ruido ensordecedor al ver que ambos equipos saltaban al campo. Humo rojo, producto de múltiples bengalas, junto a cientos de papeles blancos y banderas con el logo de River, acaparaban toda la vista. Sin embargo, el azul y rojo de Universidad de Chile, impulsado por sus fanáticos no se quedó atrás. “Fue muy significativo para nosotros, sentíamos su apoyo y antes de empezar nos acercamos a saludarlos, ellos eran muy importante porque nos hacían sentir acompañados”, recuerda Sergio Vargas.

El cuadro argentino alineó con: Germán Burgos; Hernán Díaz, Celso Ayala, Guillermo Rivarola, Ricardo Altamirano; Matías Almeyda, Marcelo Escudero, Ariel Ortega, Gabriel Cedrés; Enzo Francescoli y Hernán Crespo. Por otro lado, los universitarios formaron con:

Sergio Vargas

Cristián Castañeda - Cristián Traverso - Cristián Mora - Cristián Romero

Luis Musrri - Esteban Valencia - Leonardo Rodríguez - Víctor Hugo Castañeda

Walter Silvani - Marcelo Salas

Todo estaba listo, el árbitro revisó su reloj y dio inicio al choque. El enfrentamiento sería duro y de pierna fuerte, el aspecto físico sería determinante en su desarrollo. Las infracciones se generaban por todas partes pero el arbitraje no les daba mayor relevancia. El clásico “juegue, juegue” era la ley en la cancha. Pasaba el tiempo y los locales cada vez presionaban más, acercándose al arco del Superman. Ante el adverso panorama, el club chileno se arropó en su hinchada y de a poco empezó a mostrar los dientes.

## **El rugido del león**

Si bien las dos mil personas de la parcialidad azul eran una minoría, se hicieron sentir desde el principio y les demostraron a los argentinos a qué se debía la fama que los precedía. Con las gargantas rotas de tanto cantar dejaron claro que no debían subestimarlos.

El compromiso era difícil y pese a que el conjunto de Miguel Ángel Russo no lograba sacar ventaja, en las tribunas el espíritu de lucha de Los de Abajo se mantenía intacto. “Hubo un momento en que la barra de River se quedó callada y nosotros nos escuchábamos, lo notamos por el eco”, recuerda Gabriel Villa. Ese episodio sería recordado por los barristas, quienes reconocen su importancia. “Nos paramos de igual a igual. Creo que ese partido es un punto de inflexión en la presencia de Los de Abajo en el extranjero”, agrega el Choclo.

La sensación en el fútbol dice que si la gente está callada es porque el rival está haciendo algo para que eso pase y la U lo había logrado. Los seguidores de River eran conscientes de que al frente no tenían a un equipo fácil, impresión que se mantuvo durante el resto del duelo. Los laicos, en un ida y vuelta constante se apoderaron de las acciones, aunque no encontraron claridad para definirlos. El reloj indicaba la media hora y la tensión aumentaba.

## **Un rebote desafortunado**

Ninguna escuadra conseguía desestabilizar la balanza hasta que en el minuto 33, Matías Almeyda marcó la apertura de la cuenta. “Fue una jugada donde arranca Matías por el medio y Cristian Mora lo sale a marcar. Yo di unos pasos hacia adelante del arco para achicar el ángulo, entonces Almeyda disparó recto desde fuera del área. La pelota pegó en Cristian y pasó por arriba mío sin que alcanzara a reaccionar”, comenta Sergio Vargas.

Pese a ello sus esperanzas no decayeron. Confiaban en igualar y dar vuelta el marcador, el trabajo de todo el año les demostraba que podían hacerse fuertes en situaciones complejas. Sin embargo, ese ánimo se esfumaría rápidamente.

## **El robo**

El 1-0 en contra los eliminaba. Necesitaban un gol para alargar la serie y mantenerse con vida. Al minuto siguiente, llegaría la jugada que desataría la polémica: triangulación perfecta que inicia Valencia asistiendo a Salas, quien de primera se la cede al Leo Rodríguez. El Huevito rompe la línea defensiva, le marca el pase al Leo y este lo habilita de manera magistral entremedio de dos defensores, dejándolo solo frente al arquero Burgos. “Al ver que estoy a una

cierta distancia de él, tiré el balón largo hacia la izquierda y ahí sentí el contacto”, explica Valencia. El hábil mediocampista intentó eludir al meta, pero los dos puños a la altura de las costillas lo derribaron dentro del área. ¡Penal! Fue lo primero que se escuchó en el sector azul de la bandeja Almirante Brown.

Un silencio se apoderó del estadio y para sorpresa del público el árbitro, Alfredo Rodas, no cobró. Solo después de eso los hinchas locales volvieron a alentar como si no hubiera pasado nada. “En ese momento las gallinas se callaron y nosotros gritábamos que era penal. Cuando no lo cobra, recién ahí empezaron a cantar de nuevo”, rememora Villa. Mientras el Huevito seguía en el piso, el resto de sus compañeros corrían a encarar al juez, uno de ellos, Castañeda: “Me acuerdo que le dije: ‘Ecuatoriano y la conchatumadre’, lo agarré y lo único que me decía era que no le sacara su patria”. Desde el otro extremo el Superman Vargas miraba con resignación lo que sucedía: “Fue una sensación de impotencia e injusticia. Nunca imaginé que algo tan evidente el árbitro lo iba a dejar pasar”.

Quien también presenció la polémica jugada fue Francisco Mouat, escritor, editor y periodista chileno, además de hincha azul. El por ese entonces director de la revista *Don Balón*, se encontraba en el sector de prensa y sin importarle nada se levantó, comenzó a insultar al árbitro y no se detuvo hasta que el partido concluyó. “Fue una sensación de resignación, de que estos gallos nos estaban robando en nuestra cara y que era una crónica de un robo anunciado”, comenta.

En las cabinas de transmisión, un impotente Pepe Ormazábal narraba lo que ocurría. No podía comprender lo que veía, hasta que diferentes situaciones lo convencieron de que había una premeditación en el actuar del ecuatoriano. “Un colega argentino me dijo que la final estaba armada y por más que alegraran los jugadores eso no iba a cambiar”, recuerda.

El final del primer tiempo se acercaba. Debían dar vuelta la página, mantenerse concentrados y aferrarse a la opción de marcar la igualdad, por más difícil que esto pareciera. El complemento mantuvo la alta intensidad y el juego duro, tanto así que Marcelo Escudero fue expulsado en el cuadro local, pero ni eso permitía que se le abriera el arco a los dirigidos de Russo. River Plate controlaba la pelota y dejaba correr los segundos, esperando el pitazo final. La U corría desesperada pero su esfuerzo sería en vano. El juez ecuatoriano se lleva el silbato a la boca, lo hace sonar y sentencia la eliminación de los azules.

Inmediatamente varios miembros del elenco universitario corrieron a increparlo, dominados por la impotencia, rabia y el sentimiento de injusticia. Un robo, esa era la frase que se podía escuchar por parte de los laicos. Algunos entre llantos y con sus manos apoyadas en las rodillas sufrían el dolor de la eliminación.

La tristeza se extendió a ese grupo de fanáticos que los apoyaba desde la bandeja central. Allí arriba, los hinchas veían como la ilusión se esfumaba. Sin embargo, tuvieron que hacer a un lado su desazón, ya que a segundos de finalizado el encuentro enfrentarían un ataque inesperado.

### **Golpe bajo**

“No nos dejaron ni masticar la derrota”, comenta Juan Pablo Meneses. Así se refiere al accionar de la policía que segundos después de acabado el encuentro, ingresó a donde se ubicaban Los de Abajo para golpearlos. Otra víctima de la brutal agresión fue Gabriel Villa: “Estábamos pasando la pena de haber quedado eliminados y en eso entraron los *pacos*. Al que agarraban le pegaban patadas, combos y palazos”, declara.

Tuvieron que olvidarse de la tristeza y resguardarse del maltrato que sin piedad recibían. Algunos lograron escapar de la golpiza, otros con menos suerte eran apaleados. “Aparecieron *pacos* por ambos costados y nos empezaron a pegar. Aunque corrimos también nos agarraron en el túnel, las escaleras y la reja”, explica el Choclo.

Un golpe bajo, sobre seguro e inesperado. Si bien, durante el viaje la tensión entre ellos y las autoridades de ese país fueron creciendo, nunca imaginaron que todos esos conflictos motivarían a la policía a actuar de esa manera tan violenta.

En otro sector, un sentido Mouat era testigo de lo que estaban sufriendo sus compatriotas: “Nos quedamos un buen rato viendo la masacre. Sentíamos mucha impotencia porque no podíamos cruzar hacia allá”. Ensangrentados y malheridos no había ánimo de nada, solo rabia.

### **Vidrios rotos**

Después de la paliza fueron obligados a quedarse dentro del estadio y no les quedó más remedio que esperar. Ubicados en las galerías veían como sus buses eran atacados por sus rivales. “Nos rompieron los vidrios, con suerte se salvó uno junto al parabrisas, pero el resto quedó *hecho bolsa*”, recuerda Gabriel.

Una vez que los dejaron salir continuaron sus problemas, el tormento de una noche horrible parecía no acabar nunca. Mientras el Choclo y compañía desalojaban el lugar la policía los interceptó. Agarraron a un hincha apodado Lagarto y se lo entregaron a un grupo de River para que le pegaran. Tras esto fue trasladado a un hospital del cual saldría unos días más tarde.

Los que no fueron detenidos o llevados a centros asistenciales volvieron a sus transportes. El panorama era fatal, la tristeza y la rabia los invadía a todos. “Un montón de heridos subían, algunos cabros tenían los ojos hinchados, otros las costillas moradas o estaban cojos, fue duro”, rememora Villa. Entre vidrios que cubrían tanto el suelo como los asientos, se acomodaron y emprendieron un largo camino de vuelta a casa.

### **Regreso a casa**

Uno a uno los buses se fueron alejando de Capital Federal. Dejaban atrás el dolor de todo lo que les había sucedido. Durante el recorrido la comitiva se separó, haciendo que los Chilebus tomaran distintos caminos. El destino era el mismo, Campo de Deportes 565, el mismo lugar donde comenzaron su travesía llenos de ilusión. Una que en 90 minutos les robaron.

### **El ángel de la pampa**

El camino era largo y las condiciones adversas. Aún lejos de casa, la monotonía intensificaba la rabia y el desánimo. Aproximadamente 200 kilómetros los separaban de Mendoza cuando la caravana dio con una especie de restaurante en medio de la pampa. Allí algunos se detuvieron a descansar y a comer algo. El dueño, quien además era hincha de San Lorenzo, los recibió y se percató que se trataba de un grupo de barristas de la U. “Ah, ustedes son los chilenitos. Estas gallinas los *cagaron*, viste ¿y les pegaron más encima?”, recuerda Gabriel Villa las palabras del particular anfitrión.

Para sorpresa del grupo, los acogió con toda la hospitalidad que no habían recibido durante su estadía en tierras trasandinas. Les pasó cartón y huincha aisladora para cubrir las ventanas, llamó a un médico, que revisó a los heridos, y además les dio una ronda de cervezas gratis a todos. Era tiempo de regresar y como muestra de agradecimiento le regalaron camisetas y lienzos por toda la ayuda desinteresada que les brindó. “Fue un ángel que apareció en el camino. A él no le importaron los colores, nos tendió la mano porque vio que lo necesitábamos”, puntualiza Villa.

Llegaron tarde a Mendoza, por lo que se detuvieron y pasaron la madrugada. El sueño intermitente por las rondas de guardia, más el frío les hacía imposible descansar. Al amanecer se dirigieron rumbo al paso fronterizo, estaba nevado y el bus no ofrecía las garantías para soportar esa temperatura. “Nos tapábamos con lo que podíamos, con cartones y un par de frazadas”, comenta Gabriel. Ya habían soportado lo peor, ahora solo faltaba cruzar a Chile.

## **Mucho más que un viaje**

Otro de los buses también se abría paso entre el frío implacable. Las ventanas rotas tapadas con cartones y lienzos no daban abasto. Pese a ello, entre los múltiples fanáticos atrapados en la tristeza había alguien más determinado que nunca. “Por la pampa iba abrazado a mi mochila, porque tenía frío, pero al mismo tiempo pensaba que a esto me quería dedicar toda la vida”, recuerda Meneses. En medio de un recorrido lleno de dificultades y violencia, en el que arriesgó su integridad física y mental, se sentía feliz y realizado.

Después de ese viaje escribiría su crónica llamada: “Una Granada para River Plate”. No se imaginaba que su texto finalmente sería publicado, que lograría obtener un gran reconocimiento y 20 años después se transformaría en un libro. Con la perspectiva del tiempo ha logrado entender la impotencia de aquel peregrinaje con Los de Abajo. “Yo no fui buscando una historia, iba siguiendo a mi equipo y al seguirlo terminé encontrando las historias que quería contar el resto de mi vida”, reflexiona. Aquel periodista primerizo, quien partió con la mera ilusión de acompañar a su querida U, al final de este camino se topó con un espejo, el cual le mostró la profesión para la que estaba hecho. Si bien la granada oculta en su bus no explotó en ningún momento, lo que sí lo hizo fue su hambre por el periodismo y los viajes.

## **Expulsados del país**

Las bajas temperaturas no cesaban y lo sentían hasta los huesos. Tras varias horas en este hostil trayecto, algunos buses dieron con una bencinera y pasaron a cargar combustible. Estacionaron y varios miembros aprovecharon para comprar en una tienda. El problema es que a esas alturas no a todos les quedaba dinero. “Los *cabros* le decían al dependiente que les fiara, que le pagarían en el próximo viaje. Se devolvieron al bus con unos gorros y cosas para comer”, recuerda el Choclo.

Tras avanzar algunos kilómetros llegaron a otro pueblo donde la policía los estaba esperando. El dueño del local había hecho una denuncia exigiendo que le devolvieran los gorros. Los que habían comprado mostraron sus boletas, sin embargo, imperó el refrán “ley pareja no es dura” y los detuvieron a todos. Les revisaron sus antecedentes y luego de un rato los soltaron para que continuaran su viaje, no sin antes darles una advertencia. “De aquí a la frontera, no paran en ninguna parte hasta cruzar a su país. Ustedes están expulsados de Argentina”, les dijo el policía. La frontera cerraba a las 20.00 horas pero a ellos los iban a estar esperando. Eran cerca de las diez de la noche cuando llegaron. El trámite fue rápido, no había



tiempo ni disposición por parte de la policía en seguir teniéndolos ahí. No les hicieron preguntas ni revisaron, solo querían que se fueran.

### **Amargura en el aeropuerto**

El arribo de los jugadores fue entre silencio y desazón. Aterrizaron en Santiago el jueves a las 13.00 horas, y pese a la tristeza, fueron recibidos con cánticos y muestras de apoyo por parte de la hinchada que llegó hasta Pudahuel. Uno a uno fueron saliendo del aeropuerto entre esbozos de sonrisas y escuetas muestras de gratitud. “Traigo la impotencia de no poder hacer nada y la rabia de haber quedado eliminados por cosas extrafutbolísticas”, expresó Ronald Fuentes, quien quedó al margen del partido debido a un fuerte estado gripal. Dicho descargo fue publicado por el diario *La Tercera*, en su sección deportiva del viernes 14 de junio de 1996. Otro de los que se refirió a lo acontecido fue el técnico, Miguel Ángel Russo: “Yo digo que Dios está en todas partes pero en Sudamérica solo atiende en Buenos Aires y Brasil”, declaración también consignada en la misma publicación.

### **Consecuencias internacionales**

Los ecos del brutal ataque no tardaron en cruzar la cordillera, lo que incluso terminó provocando acciones legales entre las autoridades de ambos países. De esta manera, lo anunciaba la portada de la edición de deportes del diario *La Tercera* del viernes 14 de junio de 1996, en la que se podía leer el titular: “Furia por apaleo, formal queja chilena al gobierno argentino”. La noticia estaba acompañada con dos fotografías: una de un seguidor azul que tenía su ojo completamente ensangrentado y otra donde se ve la agresión por parte de la policía.

Tal como lo anunciaba el diario, la reacción gubernamental no se hizo esperar y desde Chile se le encomendó al embajador nacional, Eduardo Rodríguez, que le transmitiera al ministro del Interior trasandino, Carlos Corach, su preocupación por los hechos ocurridos y le solicitara un informe.

Lo ocurrido trascendió el deporte. Desde la política alegaban un acto de represión camuflado en un deber de defensa y contención, que se alejaba de un evento deportivo. Las huellas que dejó la paliza sobre los chilenos remeció las relaciones entre los gobiernos de turno, pero terminó siendo un archivo más que no representó a cabalidad lo que realmente tuvieron que pasar esos hinchas de la U.

## Sospechas de un arreglo

Tras el duelo, diferentes actores relacionados al fútbol reaccionaron a la jugada, la opinión general era clara y el árbitro se había equivocado. “Fue clarísimo, es increíble que el árbitro no haya dado ese penal. ¿Ley de ventaja en un penal?, qué mejor ventaja que tener un penal a favor, está favoreciendo al bando infractor”, comentó el periodista argentino Martín Liberman. A sus palabras se sumó la voz de Diego Armando Maradona. El icónico jugador argentino y campeón del mundo en 1986, dijo: “Fue penal, pero ahora por más que yo diga que fue penal y que la ley de ventaja no existe dentro del área grande, no lo vamos a cambiar”.

Por otro lado, el entrenador Miguel Ángel Russo se refirió con resignación a lo sucedido: “Qué se puede hacer cuando no se sanciona un penal tan claro y tampoco se expulsa al arquero que cometió falta”, declaración que apareció en *La Tercera* el jueves 13 de junio de 1996. La polémica decisión y las sospechas de un posible amaño nunca fueron olvidadas. “Teníamos claro que de visitante iba a ser muy complicado, y no solo por lo futbolístico, sino también porque creíamos que el arbitraje podría tener influencias y desgraciadamente fue como lo imaginábamos”, reflexiona Superman Vargas. A la voz del ex arquero, se suma la del periodista Francisco Mouat, quien sin ninguna duda cree que lo que sucedió fue un arreglo: “Fue un robo descarado, porque yo creo que lo de Rodas fue eso, un saqueo consciente”, destaca.

## Nunca un paso atrás

El fútbol se escribe en la cancha, la historia cambia generalmente gracias a grandes asistencias, atajadas milagrosas y goles que dan campeonatos. Sin embargo, en ocasiones lo que define el devenir de los partidos son los lanzamientos en los palos, las lesiones inesperadas y también la presencia de algunos dudosos cobros arbitrales. Ese fue el caso de Universidad de Chile ante River Plate. La sombra del polémico arbitraje de Alfredo Rodas manchó para siempre el recuerdo de las semifinales de la Copa Libertadores de 1996. La clara falta del Mono Burgos sobre Esteban Valencia nunca fue cobrada, ese hipotético penal nunca fue lanzado y el compromiso nunca fue empatado. La U quedó eliminada y dolida.

La opción de acceder a una inédita final se esfumaba, el muro infranqueable de las semifinales ahogaba ese anhelo. Una derrota que trascendió lo futbolístico y que dolió por eso. Se perdió ante River, Alfredo Rodas y contra la violencia policial argentina. Aunque a diferencia de otros hitos este no se recuerda por el resultado, sino que por el orgullo que

significa defender una camiseta, pese a tener todo en contra. Eso lo saben los jugadores y también la hinchada.

La eliminación no opacó la gran imagen dejada por una institución que tuvo que caer a lo más profundo antes de volver a levantarse. Disputar una instancia definitiva ante un gigante de Sudamérica era algo inimaginable hasta hace algunos años atrás. Fue un premio a la fidelidad e incondicionalidad de los miles de bullangueros que nunca dejaron de acompañar al equipo, desde la barrosa cancha de Curicó en Segunda División, hasta el imponente Monumental de River. No es conformismo, solo se trata de poner en perspectiva el hecho sin perder de vista el camino realizado para llegar ahí.

Dejar la zona de confort y aventurarse en una travesía sabiendo lo que arriesgaban se valorará siempre. Lo que sucedió durante ese viaje fue parte de una experiencia que forjó la pasión y que se arraigó en lo más profundo de los fanáticos. Si hubo algo en Buenos Aires fue la convicción de nunca dar un paso atrás y sacar la voz cuando en contra tenían a más de 70 mil hinchas locales, y a oficiales aguardando para darles una paliza.

Así culminaba el desafío internacional de los azules. La campaña en el torneo local no sería la mejor y acabarían el año en el quinto puesto. Atrás quedaba el bicampeonato, pero lo cimentado hasta la fecha sentaría un precedente imborrable en la historia de la U.

## EPÍLOGO

Preservar la memoria es necesario para mantener viva la historia y valorar los caminos que nos han permitido llegar a donde estamos. En el caso del club Universidad de Chile, esta va más allá de los resultados o los títulos conseguidos, se gesta a partir de la identidad colectiva arraigada en el equipo y sus fanáticos.

Lo que el lector leyó fue un trabajo periodístico realizado a partir de diferentes voces, buscando reflejar distintos puntos de vista respecto de los hechos, más allá del dato documental que entregan los archivos. Además, este método se utilizó para representar una versión transversal de los acontecimientos y trascender al mero relato del partido.

Mediante este relato destacamos la importancia del estar. Esa capacidad de decir presente en un lugar y ser parte de momentos que marcan la vida de una institución, sin importar lo difícil del viaje ni los desafíos que se presenten. La historia de la U va de la mano con la de su hinchada y obviar eso sería omitir una parte fundamental de su desarrollo. Un lazo que no se firma, un contrato de palabra en el que los hinchas, unilateralmente, asumen responsabilidades, que dicen relación precisamente con algunos elementos claves de esta crónica: la lealtad, el amor y la incondicionalidad. Asumir este compromiso les da un sentido de pertenencia tanto en los éxitos como en los fracasos.

En estas páginas se rescataron vivencias que grafican cómo se reconoce al seguidor azul. Para ser de este club hay que saber sufrir. Si bien su historia es rica en títulos y grandes momentos, no se pueden dejar de lado todos los sinsabores y caídas que ha tenido. Reconocer y ser consciente de ellos permite aprender la importancia de estar en los buenos momentos, pero aún más en las tristezas.

Conocer a la persona detrás del futbolista y al hincha que hace que su vida gire en torno al club, nos permitió constatar esa idea de que el fútbol va más allá de los resultados. Durante la elaboración de esta crónica nos encontramos con emociones que ratificaron nuestro fanatismo por la U y también, gracias a las experiencias personales de cada uno de los entrevistados, reforzamos valores que nos hicieron querer aún más al equipo.

Inmortalizar este tipo de relatos es relevante porque dan perspectiva y permiten valorar más los triunfos venideros. Eso es lo valioso, retroceder y aprender, buscar los cimientos que determinan el presente. El descenso, los 25 años sin ser campeón o la capacidad de sobreponerse a injusticias, sirven de fundamento para que las nuevas generaciones no olviden y refuercen la historia que precede a la U.

## REFERENCIAS

### Lista de entrevistados:

#### Futbolistas

- Víctor Hugo Castañeda
- Carlos Cisternas
- Héctor Hoffens
- Patricio Mardones
- Mariano Puyol
- Roberto Reynero
- Esteban Valencia
- Sergio Vargas

#### Hinchas

- Manuel Acuña
- Germán “El Huaso”
- Rodrigo Lucero
- Poldi Furlán
- Mario Felipe Herrera
- Rodrigo La Rivera
- Rodrigo Núñez
- Patricio Ortíz
- Gabriel Villa

#### Otros

- Cristopher Antúnez
- Cristian Arcos
- Juan Pablo Meneses
- Francisco Mouat
- José “Pepe” Ormazábal
- Federico Valdés

### **Material de archivo**

- Documental del Canal del Fútbol (CDF): Universidad de Chile CAMPEÓN 1994. Fecha de publicación (2020) <https://www.youtube.com/watch?v=23RdAe2-hA0>
- *El Mercurio*. Publicación del domingo 18 de diciembre de 1994
- *La Tercera*. Publicación del domingo 7 de enero de 1989
- *La Tercera*. Publicación del sábado 13 de enero de 1990
- *La Tercera*. Publicación del viernes 16 de diciembre de 1994
- *La Tercera*. Publicación del jueves 13 de junio de 1996
- *La Tercera*. Publicación del viernes 14 de junio de 1996
- *La Prensa de Curicó*. Publicación del lunes 15 de enero de 1990

### **Material de archivo consultado**

- Documental: 94, campeones como ayer. Fecha de publicación (2019) <https://www.youtube.com/watch?v=aIXsz5JcYQ4>
- Documental: DemenXia Azul: la historia se escribe con gritos. Escuela de Cine, Universidad ARCIS. Fecha de publicación (2007) <https://www.youtube.com/watch?v=9fUNG8eWWtk>

### **Bibliografía**

- AMIS, M. (2019). *El roce del tiempo*. p.143

### **Otros libros consultados**

- ANTÚNEZ, C., MUSRRI, L. (2017). *25 años esperamos: la historia del capitán azul*
- AUSTER, P. (2001). *Creía que mi padre era Dios*
- BETANCOUR, F., LÓPEZ, D. (2019). *Volveremos a ser grandes: la historia de la U en la segunda división*
- BISAMA, A. (2010). *Estrellas muertas*
- CAPARRÓS, M. (2005). *Boquita*
- FUGUET, A. (2000). *Primera Parte*
- HORNBY, N. (1992). *Fiebre en las gradas*
- MENESES, J.P. (2006). *Una granada para River Plate*
- MOUAT, F. (2013). *Soy de la U*